

POLE Y PAULO IV

UNA CÉLEBRE APOLOGÍA INÉDITA DEL CARDENAL INGLÉS (1557)

Summarium. — Reginaldus cardinalis Pole, Legatus pontificius in Anglia, cuius orthodoxia a Paulo IV in dubium vocabatur, ita ut Summus Pontifex eum legatione anglica privare intenderit, anno 1557 apologiam conscripsit, in qua se defendebat contra accusationes simulque modum agendi ipsius Pauli IV nimis durum reprehendebat. Expositis ideis principalibus, quae in libello continentur, et condicionibus historicis illius temporis indicatis, textus opusculi ex manuscripto Londinii conservato in lucem editur.

Muchos factores confluieron para hacer efímeros los afanes de la restauración católica inglesa (1553-1559): la resistencia de gran parte de la nobleza, el encono de los protestantes, el desconcierto del pueblo, la muerte casi simultánea de dos de sus máximos artífices y responsables — la Reina María Tudor y el Cardenal Pole —, la falta de un vástago real que heredase la corona y garantizase la pervivencia del esfuerzo realizado, etc.¹. Uno de los hechos que a última hora complicó más la situación y acibaró los días postreros del Cardenal Pole, Legado ponti-

¹ He dedicado a este tema una extensa investigación con documentación nueva, en la que recojo la bibliografía sobre el mismo: *Bartolomé Carranza y La restauración católica inglesa (1554-1558)*: *Anthologica Annua* 12 (1964) 159-282. Entre las obras generales más importantes merecen citarse las siguientes: G. CONSTANT, *La Reforme en Anglaterrre*, 2 vol. (Paris, 1930-1939) con traducción inglesa mejorada (London, 1887). G. R. ELTON, *England under the Tudor* (London 1955). J. GAIRDNER, *The english Church in the Sixteenth Century from the accession of Henry VIII to the death of Mary* (London, 1924). Card. GASQUET, *Henry VIII and the english monasteries*, London⁶, 1902). G. BASKERVILLE, *English Monks and the supression of the monasteries* (London 1955). Dom D. KNOWLES, *The religious Orders in England. II. The Tudor Age* (London 1959) Ph. HUGHES, *The Reformation in England, II* (London 1959). J. D. MACKIE, *The Earlier Tudors (1485-1558)* (Oxford 1952). T. M. PARKER, *The english Reformation to 1558* (London 1950). L. PASTOR, *Historia de los papas*. Trad. española de J. Montserrat, XIV (Barcelona 1927). J. A. WILLIAMSON, *The Tudor Age* (London 1953). J. RIDLEY, *Thomas Cranmer* (Oxford 1962). Hay que añadir las biografías de la Reina María y del Cardenal Pole, que citaremos más tarde.

ficio y cabeza de la restaurada Iglesia católica inglesa, fue la actitud adoptada por el papa Paulo IV.

Como es sabido, Paulo IV, de carácter violento y obsesionado por la ortodoxia, no se arredró ante la magnitud de la decisión que iba a tomar: desencadenó la tormenta encarcelando al Cardenal Morone y sometiéndole a una prisión, vergonzosa hasta en su modo, y envolviendo en la misma ola persecutoria al Cardenal Pole. Creía sinceramente en la heterodoxia de ambos purpurados y no ahorró una reprimenda al Cardenal Ghislieri, quien, a pesar de no necesitar acicates de este género para su fervor ortodoxo, disentía de su antecesor en el papado a propósito de esta actuación. Paulo IV no tuvo rebozo en participar al Colegio cardenalicio las razones de su medida: no se trataba en el caso de Morone de castigar su adhesión al partido imperial en el Concilio de Trento o infidelidades al papado, sino lisa y llanamente de castigar su herejía en tiempo de Paulo III. Parece que llegó a confesar a Navagero sus intenciones más profundas y objetivos más lejanos, al decirle que quería evitar que un sospechoso ascendiese al papado; «no siente el demonio a uno de los suyos en la silla de San Pedro». Pronto se supo que había otro Cardenal inculpado del mismo delito y gran amigo de Morone: éste era Pole. Más aún, Paulo IV tenía a Pole por el inculpado principal; por ello atacó duramente a Priuli, uno de los más fieles amigos del Cardenal inglés².

Cuando Pole luchaba con dificultades enormes por asentar el Catolicismo en Inglaterra, se vio de pronto desposeído de sus facultades especiales de Legado papal el 9 de abril de 1557. A pesar de las reclamaciones de la Reina María, Paulo IV sustituyó a Pole con el anciano franciscano William Peto. Pole envió a Roma a su amigo Ormaneto, después de resignar sus poderes. La Reina utilizó todos los recursos diplomáticos, escribió al papa el 21 de mayo firmando la carta ella y su esposo Don Felipe; hizo que escribieran sendas cartas el Parlamento y la nobleza³. Todo se estrelló contra la decisión de Paulo IV, quien además reclamaba la presencia de Pole en Roma, con evidentes intenciones de hacerle seguir la suerte de Morone. Tan inflexible se mostraba el Papa Carafa que en octubre del mismo año envió a Flandes al Cardenal Carlos Carafa con la embajada de quejarse de la protección que dispensaba la Reina María al desgraciado Pole, de obtener su extradición del Reino, y de mostrar para

² PASTOR, *o. c.*, p. 250-2.

³ *Ibid.*, p. 252-9.

ello al Rey el proceso preparado en Roma, haciéndole ver « los males que podía causar la presencia de un hombre tan contaminado, tanto en el Reino de Inglaterra como fuera de él »⁴. La Reina María defendió con entereza la causa de Pole: impidió absolutamente que saliese de la isla y hasta llegó a interceptar la correspondencia que le venía de Roma.

Todavía en 1559, el espectro de Morone y de Pole como posibles sucesores en la tiara, indujo a Paulo IV a publicar una Bula en la que privaba de voto activo y pasivo en el conclave a los cardenales convictos o sospechosos de herejía y delatados al Santo Oficio. Las insidias o informaciones tendenciosas a que esto podía dar lugar, merecieron la protesta de los Cardenales. El 15 de febrero, una semana después aparecía la Bula *Cum ex apostolatus officio*, en la que, con aprobación de los cardenales, se excluía de la elección a los que se hubiesen apartado de la fe. El 6 de marzo, en un nuevo decreto, se decía que nadie, aun acusado de herejía, podría llegar al papado. Pronto morían todos los protagonistas de este drama: Paulo IV, la Reina María y el Cardenal Pole. Pío IV, a instancia del Cardenal Ghislieri — el futuro Pío V — y del Cardenal Púteo, declaraba nulo tal decreto⁵.

Es fácil adivinar la angustia provocada por estos hechos en el Cardenal Pole: el campeón de la restauración católica se veía de pronto acusado del más grave de los delitos⁶. Su persona y su obra entera se hundían en la más penosa de las desgracias. La piedad y el respeto debidos al papa empujaban a

⁴ P. NORES, *Storia della Guerra di Paolo IV, Sommo Pontefice, contro gli spagnuoli* (Firenze 1847) M. SCADUTO, SJ., *L'epoca di Giacomo Lainez. Il Governo 1556-65*, en la « Storia della Compagnia di Gesù », III (Roma 1964), p. 82-3. El jesuita Salmerón, que acompañó al cardenal Carlos Carafa, se mostraba favorable a Morone y Pole; Salmerón y Ribadeneira acudieron en busca de protección a Bartolomé Carranza, residente en Bruselas y recién nombrado arzobispo de Toledo. La misión de Carafa suponía una cierta suavización de la actitud rígida de Paulo IV y se debía a la reciente victoria española de San Quintín (agosto de 1557) obtenida por Felipe II, esposo de la Reina María, a quien se dirigía en misión diplomática Caraffa. Cfr. la vida del Cardenal Pole de BECCADELI, publicada por E. Quirini en las *Opera epistolarum* de Pole (Brescia 1744), V, p. 380-1. Sobre las gestiones diplomáticas de María y Felipe, cfr. R. TYLER, *Spanish Calendar, XIV 1553-1558*, en *Calendar of Letters, Despatches and State Papers relating to the negotiations between England and Spain*, vol. 13. *Philip and Mary (July 1554-November 1558)* (London 1954), p. 280-3, 298-9, 304 y 317.

⁵ PASTOR, *ibid.*, p. 260-1.

⁶ Sobre Pole, cfr. R. ANCEL, OSB., *La Legation du Cardinal Polus en Angleterre. La reconciliation de l'Angleterre avec la Sainte-Siège sous Marie Tudor*: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 10 (1909) 521-36 y 744-98. D. BATER, *Cardinal Pole* (London 1901). M. HAYLE, *Life of Cardinal Pole* (London² 1911). F. PHILIPS, *The history of the Life of Reginald Pole* (London² 1767). W. SCHENK, *Reginald Pole, Cardinal of England* (London 1950).

Pole a guardar silencio. Mas la acusación injusta de que era víctima y la subsistencia de su obra en Inglaterra, le impelían a romper el silencio y a defenderse. Varios de sus biógrafos nos hablan de una Apología escrita por el cardenal inglés, en la que salía al paso al áspero pontífice romano. Beccadelli, uno de los primeros, nos refiere haber oído de un testigo presencial que, enterado Pole de la infamia que sobre él arrojaba el papa, escribió un librito sobre la falsedad que se le imputaba, y que en él « toccava alcune cose che 'l Papa ripungevano, et havendolo fatto scrivere in buona lettera el portatogli l'uno et l'altro, et riletto lo stando al fuoco, disse [Gen. 9, 22 ss.] *Non revelabis pudenda patris tui*, et prese quelle scritture, tutte le arse »⁷. Aceptan esta versión, entre otros, Philips en el siglo XVIII, y en nuestro siglo M. Haile⁸. Pastor, siguiendo a otro biógrafo, dice que antes de arrojar la Apología al fuego, un amigo se procuró una copia de la misma⁹. J. Strype en sus *Ecclesiastical Memorials*, citaba algunos trozos de la misma y apuntaba a su paradero al mencionar los manuscritos *Petit*¹⁰. Por fin, W. Schenk, el más reciente de los biógrafos de Pole, al citar algunos párrafos latinos de la Apología, revela el paradero de la misma¹¹. En efecto se halla en el fondo *Petit mscr.*, de la *Inner Temple Library* de Londres, vol. XLVI, f. 391-426.

Nos encontramos ante una redacción en letra humanística italiana contemporánea; no podríamos afirmar que sea autógrafa de Pole, pero sí que reproduce perfectamente el texto original de este sensacional documento. Su excepcional interés en orden a revelar la actitud de Pole en medio de su trágica situación, así como otros pormenores secretos referentes a Paulo IV, nos inducen a publicarlo a más de cuatro siglos de su redacción.

⁷ POLE, *Opera Epistolarum* (ed. Quirini) V, p. 366-7.

⁸ PHILIPS, o. c., II, p. 268. M. HAILLE, o. c., p. 520, donde añade que lo que no hizo por sí, lo hizo por Priuli. ¿Será este el que, o no quemó efectivamente la Apología de Pole o retuvo alguna copia?

⁹ PASTOR, o. c., p. 265, quien cita a Beccadelli y a Zimmerman.

¹⁰ J. STRYPE, *Ecclesiastical Memorials relating chiefly to religion and the Reformation of it, and the emergences of the Church of England under King Henry VIII, King Edward VI and Queen Mary I* (Oxford 1822), vol. III, 2ª parte, p. 33-9. Cree que el documento llegó a manos del papa.

¹¹ W. SCHENK, o. c., p. 137-8 y 140-1. Al tiempo de corregir pruebas, he llegado a conocer la breve nota publicada por W. SCHENCK, *Reginald Pole and Giampietro Caraffa: Historisches Jahrbuch 71* (1952) 354-355, en la que se ocupa de este documento. Su título, según él, es *Cardinalis Pole de sua ac Card. Moroni suspensione ad papam expostulatio*. Debió pertenecer al archivo del célebre John Fox, historiador primitivo del anglicanismo. Schenck cree que fue redactado después de junio de 1557 y que se trata de una copia de un escribano. Añade que publicaron algunos párrafos del mismo STRYPPE, o. c., V, 167-173 y DIXON, *History of the Church of England IV*, 674-675.

Brilla en él la honradez y sinceridad de Pole, su honda adhesión al papado; pero también aflora claramente la queja dolorida, a veces exasperada, del alma sangrante del cardenal inglés.

Respecto a la fecha de su composición, nada expreso dice el documento. Sin embargo los hechos que en él se mencionan nos permiten fijarla con mucha aproximación. En efecto, se da cuenta en la Apología del viaje que hizo la Reina María a Dover para despedir a su esposo Don Felipe. Fue entonces cuando recibió las cartas del embajador inglés en Roma, Sir Edward Carne por las que le comunicaba las graves decisiones de Roma respecto a Pole. Ahora bien, Don Felipe zarpaba de Dover, camino de Flandes, el 6 de julio de 1557. Pole menciona también la partida de Ormaneto a Roma, como enviado suyo; ésta tuvo lugar hacia los últimos días de julio. No se menciona en cambio en la Apología el resultado de esta embajada ni el viaje del cardenal Carlos Carafa a Bruselas en otoño del mismo año¹². Todo esto induce a pensar que Pole escribió su Apología al final del verano de 1557.

En ella trata fundamentalmente de defenderse: quiere liberar su persona de toda inculpación de herejía y sobre todo quiere salvar del caos su obra de restauración católica en Inglaterra. Mas para ello, y llegado el caso, recrimina al papa, descubriendo las viejas raíces de su inquina, sus inusitados modos de proceder y las consecuencias que tal actitud provocará en los destinos católicos del país y de toda la cristiandad. Su prosa tersa, a veces enfática, está llena de repetidas interrogaciones, transida siempre de pena y amargura y a veces de irritación contenida. En realidad, no necesita de comentario: se bastan a sí mismas las razones aducidas. En gracia al lector, procuraré sintetizar el hilo de su argumentación y estructura interna.

Nullus umquam: ¿que y como responder?

Pole no sabe cómo iniciar y justificar su alegato. Queriendo encontrar precedentes y buenos ejemplos similares que le sirvan de pauta, se ve desprovisto de ellos. *Nullus umquam*. Ningún cardenal se había atrevido anteriormente a dar un paso semejante; pero tampoco papa alguno se había conducido con un cardenal como Paulo IV con él. Pole no se pierde en eufemismos o evasivas: comprende exactamente su situación. Sin dársele po-

¹² Cfr. HUGHES, o. c., p. 326-9.

sibilidad de defenderse, se le ha privado de la legacía. Cae sobre él la sospecha de herejía. Ve ligada su causa al caso nuevo e inusitado de Morone. Si hubiera podido escuchar a éste, hubiera podido seguir su ejemplo. ¿Qué y cómo responder? El *qué* se lo dicta su conciencia; no así el *cómo*? Si el papa se hubiese conducido como un padre con sus hijos, podría haber seguido el ejemplo de Dios Padre con Adán y Eva o con Caín. Morone estaba presente, Pole ausente: a ambos podía haber interrogado¹³.

Pole se encuentra envuelto en dudas: ¿cómo responder a una acusación inmerecida? ¿Cómo deshacer la injuria de un juez, que, antes de escuchar, se transforma en acusador? ¿Cómo salir al paso de la más grave de las acusaciones? El Evangelio aconseja no responder a las injurias privadas; pero en este caso la ofensa recae en la iglesia de Inglaterra, a él encomendada; y la mácula en un purpurado mancha a la iglesia universal. Pole no encuentra otro asidero que el precedente apostólico de Pablo que resistió a Pedro. Por ello, y ante el peligro de un nuevo cisma, amonesta al papa por carta, antes que de vista. Pole, más que una defensa personal, busca arduosamente el bien de la Iglesia, el liberarla del inminente bochorno y de grandes calamidades:

Quas preces meas si Sanctitas Vestra dignetur audire, tollentur iam quaerelae omnes, tollentur mala omnia quae hinc oriri possunt. Sin minus, cogar id agere cum Sanctitate Vestra iniuste me in facie Ecclesiae, cum maximo gregis mihi commendati et omnium offendiculo, tractante, quemadmodum Paulus cum Petro egit nihil iniuste, sed pro bono non ita fructuose facere incipiente, ut ei in faciem resistam eamque coram omnibus, quia maxime reprehensibilis est, reprehendam¹⁴.

Maxime reprehensibilis

Mucho valor se requería para dirigir estas frases a Paulo IV. Solamente la inocencia hollada podía atreverse a semejante paso. La primera acusación que Pole arroja sobre Paulo IV es la de que ha procedido, no a ejemplo de Dios Padre, sino a imitación de los reyes y señores prepotentes, con actitud abiertamente condenada por el Evangelio. Pole advierte la triple réplica que puede venirle del papa: Tal objeción era necia e injusta. Necia, porque ligaba su causa a la de Morone, sin saber si éste se había desviado después que le había tratado, dando motivos para su encarcelamiento. Era una necedad el mirarse envuelto en una culpa ajena

¹³ Cfr. Apéndice, n. 1-3.

¹⁴ Ibid., n. 4-6.

y desconocida. Injusta, con el papa y consigo mismo; porque fingía una acusación que nadie le había hecho, y la misma ficción o suposición traicionaba, delataba y condenaba la conciencia de Pole. El sentirse reo le inducía a sospechar que los demás le acusaban de herejía. Por último, el retirarle los poderes legales, nada significaba teniendo en cuenta que él consideraba la legación como una pesada carga, y veía con buenos ojos el que pasase a otros hombros. Al exonerarle, para nada se mencionaban acusaciones que él inventa. ¿No podía conferírsele un más alto honor, al separarle de la responsabilidad de una parcela de la grey de la Iglesia, y querer tenerle junto al papa para bien de toda la Iglesia? ¿Acaso no traía esta misión el enviado papal, y Pole pensaba diversamente sin haberle escuchado; más aún, habiendo procurado no escucharle, cosa inaudita en un Cardenal? ¹⁵

Pole va a responder, a quejarse y a requerir al Papa, afectado por la mayor injuria que ningún papa haya hecho a un cardenal. ¿Tachará el papa su conducta de irreverente, de injusta, de impía, y pensará que va a ser el comienzo de un cisma parecido al que Pole en persona había remediado? Pole sabe que el papa y el nuncio papal se han expresado en parecidos términos, por ello se ve obligado a defenderse de acusaciones infundadas y a reprender al papa ¹⁶.

El viaje interceptado al nuncio

Este posible primer reproche papal merece amplias satisfacciones por parte de Pole, quien en su *Apología vere simpliciterque* trata de exponer los hechos ocurridos. Hace remontar sus recuerdos a los días tristes en que el esposo de la Reina María, Felipe II, abandonó Inglaterra camino de Flandes y de España. Mientras acompañaba la Reina a su esposo hasta el litoral, Pole estuvo ausente. La Reina María recibió de su Embajador las cartas papales en las que se destituía a Pole en la Legación a latere — continuaba como Legado ordinario como arzobispo de Cantorbéry —, juntamente con otras cartas para Pole que ella las retuvo ¹⁷. En cuanto Pole tuvo noticia de ello, quiso saber del

¹⁵ Ibid., n. 7.

¹⁶ Ibid., n. 8.

¹⁷ Felipe II vino por última vez a Inglaterra en marzo de 1557, para salir de la isla el 6 de julio. Su esposa le acompañó a Greenwich y Dover, desde donde zarpó para Flandes. Pole fue depuesto de su Legación el 9 de abril

secretario real y de la misma Reina si habían llegado cartas para él. Lo disimuló el secretario; la Reina en cambio confesó haberlas recibido, dirigidas a ella y al cardenal, añadiendo que había recurrido al papa y que se las entregaría a Pole cuando estuviese de vuelta en Londres. A los pocos días, se vieron la Reina y el Cardenal, y aquella le dio cuenta de todo y le mostró su vivo dolor y motivos de queja. Esto ocurría una tarde; a la mañana siguiente Pole recibió visita del mensajero que la Reina había enviado a Roma. María había retenido de nuevo las cartas que aquel traía desde Roma para Pole; se las entregaron transcurridos varios días, cuando la Reina, sin saberlo Pole, comunicó el asunto al Rey.

Entonces pudo saber Pole por medio del mensajero real que pronto llegaría un nuevo enviado papal con letras y mandatos para la Reina y para él. Nada le dijo la Reina; más aún, se molestó de que se lo hubiese dicho su mensajero. Pole se separó de la Reina y volvió a Londres donde esperaba recibir al enviado papal y deseaba saber de él lo que el papa disponía. Como se demorase su llegada, supo que estaba en Bruselas y había llegado a Calais, donde por orden de la Reina estaba detenido, hasta que tornase de Roma el mensajero que pensaba mandar. Ella tomaba estas medidas por causas justas, que creía serían aprobadas por el papa. Informado de estos lances, Pole acudió personalmente a la Reina y a su consejo, para suplicarles que sin más dilaciones se permitiese llegar al nuncio papal. Tanto la Reina como el Consejo suplicaron a Pole que no interfiriese en aquel asunto y dejase las manos libres a María, continuando como Legado hasta recibir el Breve pontificio en que se le destituía. Pole se negó rotundamente a esto último. Muchos le aseguraban que el papa había dicho al embajador real que ningún rumor había de inquietar a Pole, incluso respecto a la suspensión de su Legacía, mientras no recibiese el Breve pontificio. Pole respondía a esto con dialéctica cerrada: sólo era aceptable tal norma, en el supuesto de que el enviado pontificio pudiese llegar libremente a Londres, punto al que se negaban la Reina y su Consejo. Sabedor Pole del deseo del papa, y apoyándose en el impedimento puesto a quien se lo había de comunicar, se negaba netamente a ejercer la función de Legado. En tal confusión, Pole decidió enviar a Roma a su amigo y colaborador Nicolás Ormaneto: éste podía disipar todos los resquemores de Paulo IV e infor-

de 1557. El 31 de mayo era encarcelado Morone y el 14 de julio se nombraba nuevo Legado, William Peto. Cfr. PASTOR, o. c., p. 250-2. Ph. HUGHES, o. c., p. 326.

marle de todos los trabajos de Pole en favor de la Sede Apostólica¹⁵. Pole se cree con derecho a tratar con más libertad al papa que le ataca con la más grave de las ofensas, precisamente porque entiende que ningún Legado durante muchos siglos ha hecho a la Sede apostólica servicios de frutos tan amplios como el suyo.

Pole y Morone

De nuevo vuelve el cardenal inglés a mencionar la causa de Morone. Sin rebozo se confiesa envuelto en ella, aunque pueda parecer suicida; pero recusa la sospecha de hereje o la herejía de que se le acusa. Pole sabe que el Papa y el Breve, que aun no ha llegado a sus manos, hablan de descargarle de la Legación y de asociarlo en Roma a los graves problemas de la Iglesia. *Sed quid verba audiam, cum facta videam?* Los hechos son índices más claros de las intenciones de Paulo IV que las palabras. El lenguaje de aquellos es muy diverso que el de éstas; a nadie puede engañar, como el caramillo a la avecilla inocente.

Respecto a la abrogación de los poderes legaciales, Pole confiesa que, en efecto, le libera de una pesada carga; pero el modo en que se ha hecho, denota un ánimo muy alejado de este propósito. Pole acude a la metáfora: si en plena canícula, cansado y sudoroso, se me quita de los hombros suavemente un pesado manto, me agrada; pero si me lo arrancan violentamente y me derriban al suelo para que mi cabeza dé contra las rocas, me hacen una injuria. De igual suerte, si se le hubiese exonerado de la Legación decorosamente, le hubieran hecho un favor; pero no sería sincero si no dijese que le destituyeron violentamente, derribándole al suelo, aunque se le llame a Roma con palabras blandas. ¿No ha sido violento y humillante, después de los esfuerzos realizados en favor de la Iglesia, suspenderle repentinamente en sus funciones, y nada decirle del modo y de la persona a quien se va a confiar tan alta misión? Aún más, se ensañan en el caído, quieren borrar los estigmas y heridas que testimonian sus méritos en la lucha contra los herejes y enemigos de la Iglesia, y marcarle a fuego la tacha de hereje. Olvida el papa los trabajos de Pole por restituir a Inglaterra a la obediencia romana; le llama a Roma, abrogando la Legación que le ha obligado a luchar tanto contra los herejes, y precisamente infamándole de hereje.

¹⁵ Apéndice, n. 9-11. Ormaneto salió de Inglaterra a fines de julio de 1557. Cfr. Ph. HUGHES, o. c., p. 327, nota 6. Sobre este personaje, cfr. ROBINSON CUTHBERT, *Niccolò Ormaneto. A Papal envoy in the Sixteenth Century* (London 1920).

Aunque las palabras quieran desmentirlo, los hechos hablan bien claro del ánimo y voluntad del papa ¹⁹.

En efecto, tratando de retirarle la Legación, no se trató de ello regularmente en el consistorio de cardenales, sino que se llevó el asunto *extra ordinem* a los cardenales inquisidores. ¿No revela esto lo que piensa el papa de Pole, o al menos lo que quiere que piensen los demás? Cuando los Reyes y obispos ingleses le suplicaron que confirmase a Pole en la Legación, no se negó a ello el papa en la respuesta dada al embajador inglés, sino que dilató la resolución hasta que se resolviese la cuestión de Morone encarcelado — *quo nihil Roma unquam vidit indignius* —, de quien todos sabían era amicísimo de Pole. ¿No significaba esto que el papa ligaba la causa de los dos purpurados, y esperaba que de la causa del primero podrían surgir graves reparos contra el segundo? Por último, en el mismo consistorio en que se le deponía como Legado, se le cerraba el paso a la sede brixienne a Aloisio Priuli, íntimo amigo y consejero de Pole, a quien Julio III, secundando el deseo del Senado veneciano y en mérito a su piedad y doctrina, lo había designado entre cuatro candidatos como sucesor del anciano cardenal Durante. Todo esto mostraba claramente la intención del papa al llamarlo a Roma; ponía de manifiesto, mejor que todas las palabras, el juicio que Pole le merecía a Paulo IV ²⁰.

Además, los hechos se hallan confirmados por palabras. Paulo IV no ha hablado públicamente del asunto; pero Pole sabía por informes confidenciales que, hablando con los cardenales inquisidores, había revelado la conversación secretísima y privada que tuvo con Pole cuando éste salió de Roma, y no dudó en afirmar que desde hacía tiempo tenía a Pole por sospechoso en la fe, y que su casa era desde hacía mucho el refugio de herejes, entre los que se contaba Flaminio, hereje depravado, muerto en casa de Pole. Tales juicios del papa obligan a Pole a defenderse, y lo liberan del escrúpulo de juzgar temerariamente al papa o creer sea vana sospecha cuanto abriga el ánimo de Paulo IV contra él ²¹.

¹⁹ Apéndice, n. 12-14.

²⁰ Pole tenía completa razón, cuando descubría los secretos móviles de la decisión de Paulo IV: en efecto intervino la Inquisición, y la desgracia de Pole estaba ligada a la de Morone. PASTOR, o. c., p. 251-9. Ph. HUGHES, o. c., p. 326. También era cierta la enemiga del papa a Priuli, como amigo de Pole, y la manifestó con palabras muy claras. PASTOR, o. c., p. 259.

²¹ Apéndice, n. 15 (Flaminio).

Recuerdos secretos de un conclave

El precedente de Pablo frente a Pedro, el escándalo provocado en Inglaterra, y su condición de cardenal y obispo, obligan a Pole a defenderse, *coram omnibus in faciem resistam*. Mas, antes de plantear el problema del momento, intenta desenterrar las viejas raíces de la reciente acusación. Pole va a remontar al conclave que siguió a la muerte de Paulo III (1549-50), revelándonos noticias personales extraordinariamente interesantes, para con ello demostrar que la inculpación pública reciente responde a viejas intenciones.

El conclave posterior a la muerte de Paulo III, que duró desde el 29 de noviembre de 1549 hasta el 8 de febrero de 1550, ha sido estudiado suficientemente por Pastor. La intervención de los poderes seculares hizo particularmente penosa la elección. Carlos V quería un papa que continuase el suspendido concilio de Trento; el partido imperial apoyaba precisamente a Pole. En cambio el francés sostenía a Carafa (el futuro Paulo IV) y al Decano del Colegio, Cupis, Cardenal de Trani. La voz popular y el rumor del conclave daban por papable muy probable a Pole, aunque recelaban de un extranjero y temían su celo excesivo por la reforma. En la primera votación, celebrada el 3 de diciembre, Pole obtuvo 21 votos, Cupis 12 y Carafa 10: Eran necesarios 28. Cuando parecía inminente su elección y se habían preparado sus vestiduras papales, el embajador francés con la ayuda del Decano Cupis consiguió detener al conclave. Pole era extranjero, tenía sólo 45 años; además era sospechoso en la fe en la materia de la justificación. Fue cabalmente Carafa quien utilizó este argumento y llegó a exponerlo públicamente antes de la votación del 5 de diciembre. La llegada de los cardenales franceses complicó aún más las cosas: éstos pusieron el veto a Pole en nombre de Enrique II, y los imperiales hicieron lo mismo a Carafa y Cupis. En los 52 escrutinios que se sucedieron hasta el 9 de enero, Pole obtuvo siempre 23 votos. Los franceses barajaron el nombre de Carafa, no por estima verdadera, sino porque era un candidato de condiciones apropiadas para derrocar a Pole. El joven Cardenal de Guisa había puesto reparos a la ortodoxia de Pole. Los vetos por ambos bandos se hicieron inflexibles, las votaciones se sucedían sin salida posible: Pole lograba 23 votos y Carafa 22. Ambos, y el mismo Cupis, eran considerados como cardenales austeros y reformistas. Hubo de llegarse al compromiso, del que salió beneficiado Del Monte, quien tomó el nombre de Julio III.

Dentro de este marco establecido por Pastor adquieren particular relieve las revelaciones de Pole²².

Pole, en efecto, confiesa que supo en pleno conclave que Carafa y Trani habían conspirado contra él con ánimo envidioso e infamante. Procuró enmudecer sin reacción alguna. A instancia y con consejo de otros amigos cardenales, estimó que su silencio no hacía sino autorizar más las habladurías y calumnias. Decidió primero dirigirse a Trani (De Cupis) para pedirle razón de su conducta tan injusta y tan contraria a toda ley de caridad con un hermano, ya que, sin haber hablado jamás con él sobre la materia ni conocer sus ideas, y contra tantos y tan importantes testimonios de su fe y obediencia a la Iglesia, lo hacía sospechoso de perfidia y de herejía²³.

Pole preguntaba a Trani por qué no le había amonestado privadamente, como manda la ley de caridad, si realmente abrigaba sospechas acerca de su ortodoxia; le invitaba a hacerlo públicamente en plena congregación de cardenales. Incluso se mostraba dispuesto a actuar ante el papa, no bien fuese elegido, para que llamase a Trani y le obligase a dar razones de sus sospechas. La gestión realizada por el Cardenal de Burgos Juan Alvarez de Toledo, fue eficaz: volvió a Pole trayendo consigo al cardenal Trani, quien aseguró al inglés que nada había dicho en desdoro de su buena fama y le suplicó que no diese crédito a falsos rumores. Al día siguiente Trani repitió sus afirmaciones, rubricándolas con juramento; añadió que tan lejos se encontraba de difamar a Pole, que a nadie juzgaba mejor que a él en toda Roma. Pole replicó que prefería ser considerado hereje por todo el colegio cardenalicio y por toda Roma, sin serlo efectivamente, que responsabilizarse con la mera sospecha. Con esto terminaron las diferencias con Trani²⁴.

Restaba componer las que mediaban con Carafa. La mediación del cardenal de Burgos no fue eficaz para entrevistar a los dos purpurados. En una reunión de pocos cardenales, Carafa dio patentes muestras de estima de Pole; éste adivinó sus intenciones, que no podían ser otras que las de disipar del ánimo del

²² Noticias tomadas de PASTOR, o. c., XIII, p. 29-62.

²³ Apéndice, n. 17. Pole confirma los hechos expuestos por Pastor; revela además su intervención secreta con Trani y Carafa. Para nada menciona su firme candidatura al papado, razón de las intrigas de ambos, adictos al partido francés. A Pole le faltó un voto para llegar a sed papa. PASTOR, o. c., p. 41.

²⁴ Apéndice, n. 18. Cupis, cuando faltaba un voto a Pole, apoyó el embajador francés d'Urfé para prolongar el conclave y puso objeciones a la candidatura de Pole. PASTOR, o. c., p. 40-1. El cardenal de Burgos, que hizo de mediador privado, era Juan Alvarez de Toledo EUBEL, III, 25 y 143.

inglés cualquier suspicacia. Ese discreto gesto de benevolencia movió á Pole a visitar a Carafa en su celda. Pole inició su discurso, suplicándole que le dejase hablar y no le interrumpiese. A continuación le mostró su sorpresa por el hecho de que las dos personas a las que más había estimado en este mundo se volvían contra él por secretos designios de la Providencia: Enrique VIII, a cuyos propósitos no asintió por ver en ellos el máximo deshonor de su persona y detrimento de su majestad, le había privado de sus bienes todos, de sus seres queridos, de permanecer en su patria, le condenaba como reo de lesa majestad y lo perseguía sañudamente por todos los medios. El Cardenal Carafa, en cuyo favor se había hipotecado Pole ante el papa y la iglesia, lo acusaba, de ser ciertas las noticias habidas, de impiedad y de crimen de lesa majestad divina²⁵.

Carafa quiso interrumpirle; mas Pole insistió nuevamente en que le dejase concluir su razonamiento. Y pasó a revelar hechos íntimos que precedieron al cardenalato de Carafa. Según la revelación de Pole, Paulo III, a instancia del cardenal Contarini y del obispo Ghiberti, decidió nombrar cardenal a Carafa. Cuando era inminente el día de la creación de cardenales, mudó de parecer y decidió nombrar al arzobispo de Brindisi Jerónimo Aleandro. Así lo comunicó la noche anterior al nombramiento a Contarini y Ghiberti, quienes lejos de aprobarlo, intentaron disuadirle a Paulo III de la decisión tomada. A altas horas de la noche fue llamado Pole por Paulo III, éste sabía que pocos días antes Carafa había hablado ásperamente a Pole; y suponiendo lógicamente que Pole estaría ofendido por ello, creyó que daría por buena la exclusión de Carafa del sacro colegio. Pole se encargó de disipar las suposiciones de Paulo III; mas en el curso de la conversación pudo darse cuenta de que la razón del cambio de ánimo del papa obedecía a razones más profundas: nada menos que a recelos sobre la ortodoxia de Carafa (!). Pole se enardeció en favor de Carafa y hasta se arrepintió más tarde del excesivo ardor de su defensa, ya que por ensalzar a Carafa llegó a vituperar al arzobispo de Brindisi. Al fin se arrojó a los pies de Paulo III, rogándole que no alterase su primera elección por causas fingidas con ánimo calumnioso, y poniendo su propia alma como garantía en pro de Carafa.

²⁵ Apéndice, n. 19. Carafa, antes de la votación del 5 de diciembre, llegó a atacar públicamente la ortodoxia de Pole; él fue uno de los candidatos del partido francés, a quien la facción imperial puso el veto, así como a Cupis. PASTOR, o. c., p. 42-52.

Paulo III y quienes le acompañaban en aquel momento se mostraron conmovidos de la leal defensa de Carafa por parte de Pole. El papa se ratificó en su primera intención y en aquel mismo momento despachó a Ghiberti para que comunicase al arzobispo de Brindisi que, si se omitía su nombre en la inmediata creación de cardenales, se le tendría en cuenta en la siguiente. Pole, que en aquella ocasión defendió valientemente a Carafa y no dio crédito a las sospechas que sobre él abrigaba el papa, tampoco podía creer ahora que fuese Carafa — ya Paulo IV — quien diese crédito o alimentase las referentes al inglés ²⁶.

Carafa respondió agradeciendo a Pole el que no hubiese dado crédito a los infundios que corrían y de que le hacían autor; y reconoció el amor y estima mostrados por Pole, sobre todo en la circunstancia de la promoción al cardenalato. Según la Apología de Pole, Carafa conocía ya la historia que le había revelado y no desconocía al autor de las calumnias ante el papa destinadas a cerrarle el paso al cardenalato. Carafa se extendió hablándole a Pole de las acusaciones y calumnias que se levantan en los conclaves y aconsejándole que huyese de sus autores como de las serpientes. Pole salió satisfecho de su entrevista con Carafa; y creyó que aquella comedia — o mejor, tragedia — suscitada en el conclave, quedaría sepultada en el mismo sin trascender al exterior y en el futuro. Concluido el conclave, Pole supo que Carafa lo seguía atacando en conversaciones privadas. Por eso, poco antes de salir de Roma, volvió a tratar del asunto con Carafa en San Pablo. Carafa persistió en disipar la alarma de Pole y concluyó sus promesas con palabras que Pole recuerda textualmente:

Si Deus utrique nostrum tantum spatium vitae dederit ut in altero conclavi una esse liceat, tum intelliges quid hic senex — se ipsum autem digito ostendebat — tua causa sit facturus ²⁷.

Las revelaciones de Pole en su Apología acerca del conclave de 1549-50, respecto a un asunto en el que es protagonista, como actor y como víctima, son extraordinariamente importantes. Su

²⁶ Apéndice, n. 20. Estos hechos tuvieron lugar con ocasión del nombramiento de cardenales del 22 de diciembre de 1536. Entonces fueron nombrados Carafa, Del Monte, Sadoletto, Pío de Carpi, Pole, etc. PASTOR, XI, 154-5, destaca el influjo ejercido por Contarini en las elecciones, a fin de romper la preponderancia de la línea de los Medici. Ibid., p. 155 indica que « contra la expectación de todos, y especialmente contra sus propias esperanzas, no obtuvo esta vez Alexander el rojo capelo ». Sin embargo fue entonces « reservatus in pectore » y nombrado en 1538. EUBEL, III, 25. Sobre Alexander, cfr. DHGE, II, 74-76.

²⁷ Apéndice, n. 21. Pole y Carafa estuvieron en el conclave de 1555, del que salió papa el segundo.

virtud y honradez, su responsabilidad al redactarlo y hasta su carácter reservadísimo — al fin lo damos a conocer después de cuatro siglos — y lejano a todo afán publicitario, prestan a sus palabras un singular peso. Pole dice la verdad y actuó con verdad. Trani y Carafa dijeron una cosa e hicieron otra. A pesar de sus protestas ante Pole y de sus muestras de amistad, están en el epicentro del terremoto difamatorio de Pole. Este defendió eficazmente y con toda su alma a Carafa en una circunstancia gravísima. Carafa mancilló la buena fama de Pole, en el conclave, después de él, y más tarde, cuando los juicios airados de Carafa eran ya sentencias de Paulo IV. Así opina Pastor apoyándose en testimonios distintos del de Pole; éstos nos demuestran que en la tragicomedia representada por Pole y Carafa, aquél pudo quejarse con justicia de la actitud tortuosa de éste. El pensamiento de Pole y su ortodoxia esperan una investigación profunda, digna de tal figura. En el peor de los casos, aun cuando se justificaran las sospechas del papa Carafa, habría que reconocer que el camino de Pole fue recto y leal; el de su severo juez, tortuoso.

Lo impensable

Pole podía darse por satisfecho. Luego llegó el conclave en el que fue elegido Carafa — 23 de mayo de 1555 —, y la felicitación de Pole. Parecía brillar para éste la bonanza, y asentarse en la confianza de Carafa — Paulo IV — cuando le nombró arzobispo de Cantorbéry. Si alguien se atrevía a tacharle de herejía, podría confiar en la protección del papa. Sin embargo sería el propio Paulo IV el que le acusaría, poco después de haber hablado bien de Pole en el consistorio en el que se le nombró arzobispo. A partir de ese momento, nada había que explicase tal mutación: Pole luchaba aguerridamente contra la herejía y el cisma, brindaba a la Sede apostólica la más bella victoria con el retorno de Inglaterra a la obediencia de Roma. Ningún católico sincero que apreciase debidamente su actuación, ni en el caso de odiarlo personalmente, podría acusarlo con seriedad. Sólo un hereje solapado, un católico de apariencias, podía hacerlo, al serle odiosa la obra de Pole y grato el mancillar su fama. Tal suposición, a juicio de Pole no era bizantina, *sicut multos quidem nunc facere audio*. Aun cuando en el pasado hubiese caído en herejía — lo que es falso — y hubiese luchado contra la Iglesia, el presente hablada claro sobre el ánimo de Pole: había sido el ministro de la victoria de Cristo, de Roma y del Papa en favor

de la unidad y la obediencia; luchaba día a día contra las reliquias de la herejía por la salvación de los herejes y de los demás y por el honor de Roma: un piadoso y sincero católico no podía encausarle supuestas herejías pasadas, sino que tendría que dar gracias a Dios, porque, como en el caso de Pablo, el enemigo de la Iglesia se había convertido en su defensor acérrimo y aumentaba cada día el gremio de los cristianos. Tal actitud sería la digna de un verdadero católico ²⁸.

Sin embargo, ocurría lo impensable: Después de consumir la vida acatando la fe y la iglesia romana; después de sufrir los ataques de los enemigos de Roma; después que Dios le libró de ellos y les ha traído a su cayado; cuando no piensa sino en esta terea, en ganar hijos a la Iglesia y en separar de ella y castigar a los rebeldes pertinaces y miembros podridos, ¿se podía pensar que quien ama a la Iglesia, *ecclesiae amator*, pusiese tachas en la magnífica victoria de Cristo y de la Iglesia, infamando a quien había sido su instrumento? ¿Podía imaginarse que aquel cuya fama había defendido, y cuya dignidad y honor había favorecido, quien como Pontífice había recibido fruto tan honorífico de esta victoria de Cristo y de la Iglesia como en muchos siglos no lo había recibido papa alguno de ningún Legado, había de premiar tales esfuerzos con el premio de una enorme infamia? Lo inimaginable, era real y verdadero: *Verum quod ego suspicari non potui, hoc tamen accidit, ut alia aliquando praeter hominum opinionem et iudicium accidunt* ²⁹.

Quid igitur agerem?

¿Qué hacer ante semejante situación angustiosa? Podía optar por callar y sobrellevar con ánimo tranquilo la infamia. Parecería inútil resistir a la autoridad del papa, sería ocioso intentar purificarse ante el supremo juez instituido por Cristo sobre la tierra, que asumía el papel de acusador y no lo hacía por malevolencia, ya que ninguna razón había para suponerla, cuando no mediaban ofensas por parte de Pole y por el contrario intermediaban muchos y poderosos argumentos de amistad y de afecto de Paulo IV hacia Pole y Morone. La amistad no cuenta — dice Pole — cuando están en juego la causa de Dios y la pureza de la fe, y cuando el papa quiere purgar el colegio cardenalicio de hombres sospecho-

²⁸ Apéndice, n. 22.

²⁹ Apéndice, n. 22-23.

sos en su ortodoxia. Tales eran Pole y Morone: por ellos comenzaba la purga y el papa ofrecía a Dios este grato sacrificio. Tales eran los objetivos que perseguía Paulo IV y los manifestaba públicamente, según noticias de Pole³⁰.

¿Qué y cómo responder? Pole se cree obligado a hacerlo, como cardenal y como obispo, porque el callar no sería decoroso para ninguna de sus dos funciones. Pole, victorioso restaurador del Catolicismo en su país, perseguido por Paulo IV, responde como el triunfante David al perseguidor Saul [I Sam. 26, 19]: *Si Dominus excitat contra me, odoretur sacrificium; sin filii hominum, maledicti sunt in conspectu Domini*. Y ¡si sólo fuesen los hijos de los hombres! Tal respuesta no satisfará a Paulo IV: cualquier reo culpable podría darla, más aún si sus pecados son ocultos, como pudieran ser los de Pole. Pole replica: si sus culpas son ocultas, remítalas a Dios, único juez; si no lo son, sino que ofenden públicamente, expóngalas para que pueda responder de cada una. Pero Paulo IV no le acusa de reo, sino de sospechoso, y eso desde hace muchos años; Pole cae aplastado no por culpas, sino por la autoridad del papa. Se ve sin más recurso que acudir a Aquel que presta su sutoridad al papa, por la que tanto ha combatido. Pole invoca a Dios: *Domine vim patior, responde pro me* [Is. 38, 14]. Le oprime la fuerza de aquel que es el más alto juez en la tierra, ante quien no existe apelación ulterior, porque lo que él ata y desata en la tierra queda atado y suelto en los cielos. *An ullus unquam reus maiorem vim ab ullo accusatore est passus? Non puto*. El acusador es el propio supremo juez. No temería si pronunciase sentencia en un tribunal, porque confiaría en que Dios dirigiría su mente y su lengua para que sentenciase con rectitud. Pole dice no temer a su injusto acusador convertido en juez: cuando le acusa, es porque Dios permite que siga el dictado de su corazón; a la hora de pronunciar sentencia, Pole confía más en las promesas divinas que no permitirían que faltasen la verdad y la justicia en la suprema sede sacerdotal, que en la malicia humana, que extrajudicialmente se muestra adversa a él: confiaría en la voz de Dios que representa su obra espiritual en Inglaterra, percibida por toda la Iglesia, menos por el papa. ¿Tachará el papa de quejas oratorias y de exclamaciones vanas, propias de quienes desconfían de su causa, las palabras de Pole? ¿Qué prueban y qué valen contra la máxima autoridad? Nada si son humanas; todo, si son de Dios. Además,

³⁰ Apéndice, n. 23. Pole refleja acertadamente el punto de vista del obsesionado Paulo IV. PASTOR, o. c., p. 260, y 251-2.

no se trata de palabras, sino de obras, de realidades. Ellas son la voz y respuesta de Dios, su defensa. Su vida entera, es profesión de la fe más sincera: sólo por gracia y don de Dios se explica el nacimiento y la conservación de tan sincera fe en medio de grandes pruebas ³¹.

La vida de Pole, testimonio de fe

Pole hace el recuento de su vida. Todos los años de su juventud, *quibus semper in amaritudine vixi*, fueron acibarados por la persecución que sufrió de parte de quienes se apartaron de la Iglesia. Pole permaneció fiel, no en un lugar remoto y escondido, sino ante la faz de la Iglesia. ¿Acaso tal fidelidad, conocida por toda la Iglesia, no es una voz de Dios, capaz de disipar toda sospecha, máxime cuando ha desembocado en la recuperación de todo un reino perdido, para la Sede Apostólica? Pole exclama con el profeta Isaias [38, 17]: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*. Más amargura que todos los sufrimientos anteriores le causa la persecución del papa, a quien le brindó los frutos de paz y de honor de la reconquista de Inglaterra para el catolicismo.

Si le objetase cualquier falta cometida en tal tarea, fallos en su actuación como Legado, o deficiencias en la gran victoria reportada, lo aceptaría con ánimo más tranquilo; pero nada se le objeta por ese lado. Paulo IV celebró la reconciliación, aprobó todo lo hecho por Pole, y cree que aprobará cuanto hizo más tarde; lo ven en Inglaterra con buenos ojos cuantos aman el honor de Roma y el bien de la Iglesia. Nunca ha buscado Pole su provecho personal, sino el bien público y el honor de Dios, de la Iglesia y del papa, de quien era ministro ³².

³¹ Apéndice, n. 25-26.

³² Apéndice, n. 27-28. Nacido en 1500, Pole era de sangre real por parte de su madre, Condesa de Salisbury, dama de honor de la reina Catalina, esposa de Enrique VIII y madre de la Reina María. El propio Enrique VIII se ocupó de la educación de Pole, pagándole los gastos del Magdalene College. A partir de 1518 disfruta de las primeras prebendas y en 1521-6 completa su educación humanística en Italia. No aprobó al matrimonio de su protector con Ana Bolena, aunque se le ofrecieron los obispados de Winchester y York. Pole inició en 1531 su exilio; su madre, hermanos y amigos sucumbieron víctimas de Enrique VIII. En 1536 respondió con su obra *De unitate Ecclesiae* a la *Royal Supremacy*, decretada en Inglaterra. Cfr. G. CONSTANT, *o. c.*, 263-71. Su fidelidad tiñó los tonos rosados de su primera juventud con las sombras del dolor.

La sombra de una guerra desgraciada

¿Acaso pesa sobre Pole su actitud ante la guerra iniciada por Paulo IV contra España y que culminó en la entrada del Duque de Alba en Roma? Pole enjuicia de paso con delicada severidad la línea seguida por Paulo IV, y a propósito de la desgraciada guerra deja caer esta frase, *quod cum maximo animi mei dolore et audivi semper et nunc audio*. Pero, confiesa, que, si bien el papa nunca le propuso nada para que mediase en favor de la paz y la concordia, él nunca dejó de trabajar por ellas en cuantas ocasiones se le presentaron, y mirando siempre por el honor del papa y la dignidad de la Sede apostólica. Si alguien le acusase en este punto, se trata de pura insidia y maledicencia ³³.

Obra de Satán

Pole delata en su desgracia a Satán, padre de la mentira, a quien atribuye la obra, y ve en la actuación de Paulo IV, adversa, aunque disimulada, una tentación del demonio. Cristo fue tentado. ¿Acaso sería injurioso el suponer que el papa está sujeto a pecado y que ha sido vencido por el maligno en este caso? La persecución iniciada contra sus hijos, hermanos y siervos, el ataque a su fama y el triunfo en tal intento, representan la victoria de Satanás.

Pole se da cuenta de la gravedad de su acusación. Tan lejos se encuentra de arrojar una maldición sobre el papa, que preferiría sufrir personalmente las maldiciones de todos, *omnia omnium maledicta in me congeri*. Pero insiste en amonestar a Paulo IV para que se libere de asechanzas diabólicas, aunque recuerda de paso que el mismo Cristo llamó « Satán » a Pedro. Si las palabras de Cristo, *qui cum malediceretur, non maledicebat* [I Petr. 2, 23] no significan una maldición; mucho menos significarán las reconvenciones de Pole a Paulo IV, cuando le advierte que sus decisiones están inspiradas por espíritu humano, deshonoran a Cristo, perjudican al prójimo y dan la victoria al diablo ³⁴.

¿No será pretencioso en este caso el querer cubrirse con el ejemplo de Cristo para reconvenir al papa? Al súbdito corres-

³³ Apéndice, n. 29-30. Cfr. HUGHES, o. c., p. 325-6. Sobre las actividades pacifistas de Pole y sobre la desgraciada guerra de Paulo IV con España, cfr. H. LUTZ, *Christianitas afflicta. Europa, das Reich und die päpstliche Politik im Niedergang der Hegemonie Kaiser Karls V (1552-1556)* (Göttingen 1964), p. 445-65.

³⁴ Apéndice, n. 31-32.

ponde obedecer, no amonestar y reprender. Pole llega al nervio del problema e intenta justificar su actitud frente a Paulo IV. La situación en que se encontraba era gravísima y rara en la historia de la Iglesia; también lo era su respuesta. No hay que olvidar que se mueve en el secreto de una actitud íntima, de persona a persona, y que incluso su escrito no llegó a cursarse. Sus principios y móviles adquieren una categoría eclesiológica singular, y se levantan a mil codos del despecho o del mero resentimiento personal. Un silencio absoluto, en nombre de la obediencia y del respeto debido al papa, constituiría una traición a la Iglesia y a la conciencia. En efecto,

Verum si hanc regulam sequi omnes oporteat, illud efficietur, Summa Pontificem nulla in re posse ab aliquo reprehendi, cum omnibus praesit et omnes ei parere debeant... Quodsi Summum Pontificem, quia summus est, ab inferioribus admoneri non licet, aut fateamur oportet eum peccare non posse aut si concedimus peccatis illum quidem obnoxium esse quemadmodum sunt alii, excludimus autem omnes eius admonitionem quae adhibeatur ab inferiore antequam labatur vel reprehensionem postquam sit lapsus, omnium certe miserrimum eius statum esse necessario fatendum erit³⁵.

La dignidad de la investidura pontificia no disipa la fragilidad humana del investido. Sólo un falso endiosamiento puede hacer impecable al papa; Si puede caer en pecado, y sus altísimas responsabilidades lo ponen en mayor peligro, el rodearlo de una especie de absoluta inmunidad ante cualquier crítica, hace doblemente trágica su situación: sería el único cristiano que al caer se viese privado de la admonición fraterna. No puede pensarse que Cristo abandonase a su suerte a su vicario, sino que le dio quienes le ayudasen con su consejo, y, en caso necesario, con sus amonestaciones. Pedro se valió de los consejos del colegio; Pablo se atrevió a reprenderlo ante toda la Iglesia. Los cardenales junto al papa y en el régimen de la iglesia universal, suceden a los apóstoles junto a Pedro, y los obispos suceden a los apóstoles en el gobierno de sus diócesis: unos y otros han de obedecer al sucesor de Pedro *ut fratres et servi in Christo et propter Christum*. Mas, si viesen en él algo contrario al honor de Cristo, primero deben amonestarle con toda humildad y franqueza; y si persiste, increparlo con mayor libertad, no prestarle nunca su asentimiento en tal punto y resistirle cara a cara. Tal es la providencial institución eclesiástica: que no falte al Vicario de Cristo, si por fragilidad cayese, quienes le ayuden a levantarse.

³⁵ Apéndice, n. 33.

En tal función ocupan el primer lugar los cardenales, quienes, no sólo han sido llamados, como consejeros, a compartir la solitud de la Iglesia universal, sino que además han de ser los custodios del alma del papa y los vigías que velen contra las insidias de Satanás, quien tienta más y con mayor fuerza al Supremo Pastor, de cuya caída se derivan más y mayores males para la Iglesia. No sólo es, pues, lícito a los cardenales amonestar al papa, cuando las acciones de este se desvíen del recto camino, sino que deben hacerlo y con franqueza: de lo contrario habrán de dar cuenta de su silencio a Cristo. Un requisito fundamental se requiere para ello: que quien haya de hacerlo, no actúe con insolencia, y sobre todo mire si le guía el espíritu de Dios o impulsos humanos. Pole con ello se precave a sí mismo. Como cardenal y obispo ha de cumplir con su officio, se ve obligado a hacerlo y a usar las maneras que está usando ³⁶.

Quae sunt Dei

Pole examina su conciencia para ver si busca los intereses de Dios, y no la defensa de su propio honor y fama. Esto último haría sospechosa su defensa. Mas, sus temores y vacilaciones son disipados por sus obras. Ellas hablan claramente: lo que ha hecho el papa con Pole y Morone es tentación y victoria de Satanás; debiera agradecer a Dios el que tenga quien se lo advierta. El fundamento de juicio tan severo es el mismo que justifica el juicio durísimo de Cristo sobre Pedro: ¿es espíritu de Dios el que le inspira o espíritu mundano y humano? Pole no se atreve a afirmar claramente lo segundo; pero aún menos lo primero. Paulo IV, obligado a amar a Pole y Morone por razones de común humanidad, los persigue de modo tan odioso, que parece que no existe entre él y ellos vínculo humano alguno. Los persigue contra toda humanidad, sin dejarse llevar de los presumibles impulsos humanos naturales. Olvidándose de las razones que tenía para amarlos y sin mediar ofensa alguna, los ha herido pretendiéndoles arrebatarse su buena fama, más querida que la misma vida: por lo que hacía al mismo Pole, una elemental gratitud exigía que quien había sido defendido valientemente ante Paulo III en punto a ortodoxia y le debía el cardenalato, defendiese su fama, lejos de mancillarla: *ex quo qui-*

³⁶ Apéndice, n. 33-34.

*dem fit, ut non possim hac in re dicere eam sapere quae sunt hominum, ac multo minus quae sunt Dei*³⁷.

La defensa de Paulo IV

Pole conocía el punto de vista de Paulo IV. Este denunciaba públicamente a Pole; pero lo hacía privadamente, invocando la misma razón que le había conducido a encarcelar a Morone: *honor Dei et periculum ecclesiae*. Paulo IV no actuaba por inquina personal u ofensas personales de los presuntos reos. Quería conjurar un grave peligro para la Iglesia: el que le sucediese en la sede pontificia un sospechoso de herejía. En tal supuesto y entrando en juego el honor de Cristo, nada importaban todos los lazos humanos: por el contrario, el tenerlos en cuenta era guiarse por el espíritu de Satanás. Pole refleja con honradez los altos móviles de Paulo IV. Y probablemente éste era sincero cuando pensaba u obraba de este modo. El « honor de Dios » y el bien de la Iglesia eran el norte de ambos: el de Paulo IV al someter a juicio a Pole, y el de Pole al tachar de tentación diabólica los propósitos de Paulo IV. Planteadas así las cosas ¿qué recurso quedaba a Pole? ¿No era inicuo tachar de satánica la aparentemente justa intención del papa? ¿Podía erigirse en juez de las intenciones papales o negar que fuesen esas?³⁸.

La súplica de Pole

Pole envuelve su diatriba en tonos suplicantes y ruega al papa, por lo más sagrado, que examine si es el espíritu de Dios el que le inspira en su conducta, y que considere las razones por las que Pole no lo piensa así. Y piensa diversamente, porque ve y palpa el fruto de su obra inglesa, en la que brilla el espíritu de Cristo: el espíritu de Cristo no puede destruir y aventar la obra de Cristo. Obra de Cristo es también el hecho de que a lo largo de los siglos y en medio de grandes tempestades se haya mantenido inmune de herejía el colegio cardenalicio. Este hecho singular ha de atribuirse al poder de Cristo y hace pensar que quien oró por Pedro para que no claudicase en su fe, impetró la misma gracia para el colegio cardenalicio. Por este honor

³⁷ Apéndice, n.35.

³⁸ Apéndice, n. 36.

del colegio, que es un don de Cristo, Pole suplica al papa que examine qué espíritu le guía al envolver en sospecha de herejía a quienes jamás fueron defensores pertinaces de ninguna y a quienes dieron claros testimonios de su fe en legaciones y dificultades soportadas, como ninguno de los cardenales vivientes soportó³⁹.

Pole, en segundo lugar, suplica al papa que considere la obra realizada en Inglaterra. Pole fue su instrumento, y Paulo IV aprobó y bendijo sus trabajos, se alegró de los resultados y bendijo a Dios por ellos. El espíritu de Cristo, que llevó a Pole a reintegrar Inglaterra a Roma y a mantenerla en su obediencia, ¿puede ahora malograr tales frutos, convertir la alegría en llanto y dar pábulo al gozo de herejes y cismáticos? Todo eso implica el acusar a Pole de herejía, cuando precisamente pudo atraer al pueblo al recto camino con el prestigio de su constancia y fidelidad a la fe católica. El ponerla en tela de juicio, constituía un motivo de gloria para los herejes, quienes ya se veían triunfantes con el hecho de que le hubiera sido retirada la legación; y un motivo de escándalo para la grey católica confiada a Pole, que había vuelto al regazo de Roma por el ejemplo y peso de la fidelidad de Pole. ¿Podía darse tropiezo más grave y peligroso para la recientemente conquistada grey? El más fuerte motivo que les había movido a repudiar la herejía y el cisma, había sido la inconstancia de sus promotores y sus continuos cambios. El que ahora descubriesen, autorizados por la actitud papal, una inconstancia igual en el legado que los atrajo a Roma, desmantelaba la autoridad y prestigio de Pole. Nada podía esperarse sino el desastre de la grey. ¿A quién creerían y prestarían oídos, si no podían hacerlo al legado papal que los llevó a la obediencia de Roma; al cardenal, que tanto había padecido por fidelidad a la iglesia; al arzobispo que, con elogio del papa en el consistorio, se les había dado por pastor? Si la fe de éste es sospechosa, ¿a qué pastor creerán, a dónde acudirán?⁴⁰

Pole, quien en su vida no había desplegado grandes actividades pastorales, aparece estrechamente identificado y unido a su pueblo. El desconcierto, la dispersión y la pérdida de su grey, con motivo de la desgracia personal que pesaba sobre él, constituyen el principal motivo que le impele a clamar, a luchar y a resistir. ¿Qué no haría en tal situación Pablo, cuando por idéntica razón resistió a Pedro? Pole se cree asistido por esta razón pastoral y por la limpieza de su conciencia:

³⁹ Apéndice, n. 37.

⁴⁰ Apéndice, n. 38.

An ego, qui, licet indignus, apostoli hic et pastoris locum teneo, pro gregis salute, successori Petri resistere non debeo, praesertim cum non minus mihi conscius sim me recte sentire de fide quam Paulus; non minus conscius sim me per ostium intrasse ad curam gregis quam Paulus: an igitur dubitem resistere ei, quicumque sit, qui causam dissipandi gregem affert? ⁴¹

Aunque la resistencia sería lícita, Pole recalca que no quiere sino suplicar. Su súplica, una vez más, intenta hacer recapacitar a Paulo IV si le guía el espíritu de Dios al destruir la fama del pastor y perder su grey, a título de honor de Cristo y bien de la iglesia. El intento de purgar el sacro colegio de hombres sospechosos no ha hecho sino mancillarlo, de una manera en que no lo ha hecho todavía ningún enemigo de la Santa Sede. Si le guiase el espíritu de Dios, no destruiría una obra que tanto redonda en honor de Cristo. Todos ven en ella la mano de Dios y la victoria de la Sede apostólica, sin paralelo posible en la historia de la iglesia. Cuando se piensa cómo y por quiénes se dio comienzo a la obra; las dificultades superadas para vencer falsas prudencias, resistencias y poderes aliados con la malicia; y que — caso único en los reinos cristianos — el intentar volver a la obediencia romana, había sido sancionado como crimen de lesa majestad, se comprueba con más fuerza la gracia de Dios. Ni entre los turcos se ha dado una ley semejante. Se dio en Inglaterra levantando con ello un muro inexpugnable a todo intento de reconciliación. Tras él se amparaban los fautores del cisma, por otra parte beneficiados con el expolio de los bienes eclesiásticos. Habían cerrado todas las puertas y velaban día y noche para que no se abriese resquicio alguno al retorno del reino a Roma. Sólo la omnipotencia de Cristo podía vencer tanta dificultad; y la venció oponiendo una paloma a las serpientes, una frágil mujer a toda la malicia humana ⁴².

La Reina María y Don Felipe

Esa mujer era la reina María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón. Pole le dedica líneas muy sentidas y que merecen transcribirse: *mulierem, caeteris rebus imbecillem, sed*

⁴¹ Apéndice, n. 39. Los efectos previstos por Pole fueron barajados también en las gestiones diplomáticas ante Paulo IV, que, no obstante, resultaron inútiles. Cfr. HUGHES, p. 326-8.

⁴² Apéndice, n. 40-41. HUGHES, o. c., p. 201-3 y 225-7. Pole se refiere a las leyes de Enrique VIII y Eduardo VI.

fide fortem, sine armis, sine pecunia, omnique denique praesidio nudatam, contra viros armatos qui omnes regni opes tenebant, excitavit (Christus) ⁴³.

El ascenso inesperado de María al trono fue el primer paso para la reconciliación del reino. Para abrir brecha en el muro legal que impedía tal deseo, la reina, *mater huius obedientiae*, se vio ayudada por dos hombres providenciales: uno fue su esposo, el príncipe Don Felipe, nieto de los Reyes Católicos y unido en matrimonio a quien heredó de su padre el título de *defensor fidei*; el otro fue Pole, *vir animae eius et adiutor ad partum obedientiae edendum*, legado del papa y conocido en la iglesia entera por la constancia en la fe a prueba de penalidades. En la ayuda de ambos se comprueba la gracia de Cristo, no sólo porque los conservó puros en su fe, sino porque a la entrada de los dos pusieron dificultades los enemigos de Cristo y de la Iglesia. Cristo venció sus maquinaciones, introdujo a ambos en el reino, y al fin fue posible la reconciliación del reino, derribado el muro de las leyes impías ⁴⁴.

María, *mater obedientiae* y madre gozosa de los hijos reintegrados a la Iglesia, y satisfecha de sus dos auxiliares, se veía ahora envuelta en tristeza y angustia al contemplarlos a los dos como heridos por un rayo y a su pueblo desconcertado por la tempestad. *Tale enim spectaculum praebet Sanctitas Vestra huic sanctae mulieri, cum Regem eius virum fulmine vocis suae schismaticum, me haeticum, vocat*. La voz del papa ahoga el gozo de la victoria obtenida, y transfiere el gozo de la Iglesia a los herejes. ¿Acaso el espíritu de Dios puede llevarle al papa a buscar la gloria de Cristo en el futuro, cuando la destroza en el presente? ⁴⁵.

Modus gubernandi

La máxima gloria del papa estriba en seguir el modo de gobernar la Iglesia prescrito por Cristo. No puede ser espíritu de Cristo el que le induce a gobernar al modo de los señores gentílicos, condenado por Cristo. ¿Qué le induce a encarcelar

⁴³ Apéndice, n. 41. Sobre la Reina María, cfr. H. F. M. PRESCOTT, *Maria Tudor*. Trad. italiana de la 2ª ed. inglesa de 1952 (Roma 1957).

⁴⁴ Apéndice, n. 41. Sin embargo, en su día Pole fue opuesto al matrimonio entre la Reina María y Don Felipe, HUGHES, o. c., p. 221-2.

⁴⁵ Apéndice, n. 42. Paulo IV se propuso excomulgar a Felipe II y los cardenales le disuadieron de hacerlo el 14 de mayo de 1557. HUGHES, o. c., p. 321.

a Morone, a privar de la legación a Pole y a sospechar de su fe ortodoxa? ¿No abandona con eso el modo prescrito por Cristo y sigue el de los dominadores temporales? ¿Acaso actúan más pesadamente con sus esclavos los reyes de este mundo? Como José fue encarcelado por sospechas y luego acusado por el manto que insidiosamente le arrebatara Putifar, así Pole se ve amenazado con la cárcel y la violenta privación de su legación lo denuncia ante todos de sospechoso de herejía. ¿Puede inducirle a esto el espíritu de Dios? ⁴⁶.

Un final grave y digno

Pole confiesa redactar estas amonestaciones con dolor; mas, se ve obligado a hacerlo porque lo reclaman la fidelidad a Cristo y los deberes cardenalicios con el papa y con la Iglesia. Los cardenales que asisten al papa en el régimen de toda la iglesia son quienes primero deben advertir las asechanzas puestas por Satanás a la misma para prevenirle al papa de los peligros; si de algo han pecado y podían ser acusados por el papa, es por haber callado. Tal silencio cómplice es ya un pecado secular en la Iglesia. Como Noé, vencido por el vino, así yace el papa aplastado por la magnitud de su potestad; sus miserias quedan patentes y nadie se atreve a cubrirselas. Si de algo podría acusar a sus hijos cardenales es de haberle dejado dormir en su sueño mortal. Pole mismo reconoce su falta; se había limitado a no asentir a lo que no creía justo; si no fuese forzado por su situación inusitada, hubiera continuado callando. Acaso en toda la historia de la Iglesia no se han dicho palabras tan dignas: la valentía nunca se transforma en despecho ni en rebeldía, siempre va perfumada con la piedad, el respeto y con un profundo sentido de la Iglesia y del Pontificado ⁴⁷.

La prudencia de la carne

Pole se arrepiente del silencio observado anteriormente, y reconoce que no basta con callar y no asentir. No puede excusarse ante Dios, aunque aprobasen su conducta los hombres, sobre todo los más prudentes, que desesperarían del éxito del

⁴⁶ Apéndice, n. 42.

⁴⁷ Apéndice, n. 43.

escrito de Pole a Paulo IV. Estos, no sólo le excusarían si omitiese lo desfavorable al papa, sino que juzgarían lo contrario loco e imprudente: extrema locura es esforzarse en vano y no acarrearle sino odio. Tal locura, que ante Dios es sabiduría, no había tentado a Pole hasta que se vio torpemente acusado por el papa. Con su escrito no pretendía sino liberarse a sí y al papa de toda torpeza. Pole ha usado plenamente de la libertad y potestad que le confiere su cardenalato y en virtud de ellas debe no asentir a lo que por fragilidad humana propone el papa contrario al honor de Cristo y utilidad de su Iglesia, amonestarlo con libertad, y ayudarle a remediar su fallo. Así el papa debe usar de la plenitud de su poder en el caso de Pole y de Morone. Y lo hará, si, después de haberlos puesto a las puertas del infierno con una acusación que de ser verdadera — aunque no lo es — los llevaría a él, los restituye a su buena fama con su palabra. Con ello imitará a Dios que salva de las puertas del infierno. Si los deja postrados en su infamia, hará demostración de limitado poder y de un poder que no es el que le viene de Cristo ⁴⁸.

Ante Dios y ante los hombres

Pole concluye su alegato con una solemne atestación ante Dios y los hombres, y con un enunciado *Nos* — que parece incluir al amigo Morone, tan lealmente defendido: Nada han cometido que pueda ofender al papa, ni como vicario de Cristo ni como hombre. Sólo temen una cosa: que al no haberle ofendido, y al haber hecho merecimientos para que los quisiese más que a otros, por perseguirlos sin causa, se ata las manos e imposibilita su reducción al honor merecido. Aún es tiempo para el remedio. Por ello se dirigen a Cristo para que ilumine a su vicario y éste use de su plena potestad para con los purpurados acusados, y no sólo destruya, derribe y devaste, sino que edifique y plante. Si los papas no hacen uso de esta plenitud de potestad constructivamente o con la frecuencia que convendría a la Iglesia, esto ocurre no tanto por culpa de los pontífices, sino por culpa del pueblo, por cuyos pecados Dios permite estas cosas ⁴⁹.

Aquí termina el alegato de Pole. Hacia el 22 de agosto llegaba Ormaneto a Roma. Días antes, el 12 del mismo mes, el

⁴⁸ Apéndice, n. 44.

⁴⁹ Apéndice, n. 45.

antiguo mediador del conclave de 1549, el Cardenal Alvarez de Toledo defendía ante el Santo Oficio la causa de Pole y aún más la política de María y Don Felipe. Ese mismo mes sonreía en San Quintín la victoria a las armas españolas. Desprovisto del apoyo de Francia, Paulo IV intentaría una gestión diplomática por medio del Cardenal Carlos Carafa, que partiría hacia Flandes en octubre para entrevistarse con el monarca español en diciembre. Los modos diplomáticos no suavizaban las intenciones del papa: intentaba reclamar con firmeza la persona de Pole. El 23 de octubre el embajador veneciano reclamaba en favor de Priuli los derechos de sucesión a la sede de Brescia. El papa, inflamado, le dijo sin paliativos que Priuli era de la escuela y camarilla apóstata del cardenal de Inglaterra. Pole era el maestro y Morone el discípulo. Aunque fuera hereje su propio padre, Paulo IV se mostraría dispuesto a llevar leña a su pira⁵⁰.

Nada pudo Paulo IV contra la actitud firme de la Reina María en el terreno de los hechos: Pole no vino a Roma jamás. La Reina y el fiel cardenal morían, con pocas horas de diferencia, el 17 y 18 de noviembre de 1558. Pocos meses de vida restaban al anciano papa Carafa: fueron suficientes para que intentase remediar su derrota, publicando una Bula — 8 de febrero de 1559 — por las que privaba de voto activo y pasivo en el conclave a los cardenales convictos o sospechosos de herejía, o delatados al Santo Oficio. Una obsesión senil le hizo promulgar nuevos decretos cada vez más duros: nadie, tan sólo acusado de herejía, podría ser papa. Su sucesor, Pío IV, como hemos dicho al principio, por obra de los cardenales Ghislieri — el futuro Pío V — y Púteo, declararon nulas las disposiciones de Paulo IV⁵¹.

Pole concluía sus días en la amargura de una honda prueba espiritual. El lamento de su Apología lo redime a los ojos de los hombres, cuando después de cuatro siglos sale a la luz y rompe el silencio. Su actitud fue siempre digna, leal y penetrada de hondo sentido eclesial. La prueba que le tocó sufrir al fin de sus días supera con creces cuanto tuvo que padecer a lo largo de su vida por fidelidad a la causa católica: le venía nada menos que del papa, a quien, en medio de todo, siempre miró como a vicario de Cristo y lo trató con inmenso respeto. El respeto no le impuso la adulación o un silencio evasivo: creyó

⁵⁰ HUGHES, o. c., p. 328-9.

⁵¹ PASTOR, o. c., XIV, 260-1, y 264.

que había de ser fiel a Cristo y su Iglesia, por quien y para quienes existe el papa. El juicio definitivo sobre los dos protagonistas de este penoso drama habría de penetrar hasta profundidades de conciencia que sólo las conoce Dios. La subjetividad de Pole y Paulo IV parece dominada por un mismo principio: el honor de Dios y de su Iglesia. Probablemente ambos combatieron convencidos de la nobleza de su causa y obligados a no ceder un palmo de terreno. No queda sino concluir abriendo un resquicio a la sentencia y misericordia divina. Para tales casos existe una expresión vasca muy atinada: *Jangoikua goyan*. Dios, arriba.

APOLOGÍA DEL CARDENAL POLE DIRIGIDA A PAULO IV

(Londres, Inner Temple Library, Petit Mscr., vol. XLVI, f. 391-426)

Sumario: 1. Caso sin precedente. 2. Qué y cómo responder: el ejemplo de Dios. 3. No lo ha seguido Paulo IV. 4. Juez y acusador. 5. El ejemplo de la libertad paulina. 6. La actitud de Pole. 7. Paulo IV y la suspensión de la Legación de Pole. 8. Quejas y explicaciones. 9. El viaje interceptado del nuncio. 10. Intervención de Pole ante la Reina María. 11. La misión de N. Ormaneto. 12. Acusaciones injustas contra Pole y Morone. 13. Subterfugios de Paulo IV. 14. Palabras y hechos. 15. El modo de abrogar la Legación de Pole. 16. Juicios de Paulo IV acerca de Pole. 17. Viejos infundios. Recuerdos del conclave de 1549-50. 18. Un amigo mediador: el Cardenal de Burgos, y el Cardenal Cupis (Trani). 19. El Cardenal G. Pietro Carafa. 20. El acusador acusado: vacilaciones en la promoción de G. P. Carafa al cardenalato. 21. Calma tras la tormenta. 22. La obra de Pole en Inglaterra. 23. Lo inimaginable: Paulo IV desea procesar a Pole para purificar el S. Colegio. 24. Pole, cardenal y obispo, obligado a defenderse. 25. *Domine, vim patior*. 26. ¿Quejas vanas? La obra de Dios. 27. El signo de la vida de Pole: sufrimiento en la fidelidad. 28. La gloria de una obra. 29. Paulo IV contra España. 30. Objeciones aceptables. 31. Seducción de Satanás. 32. Cristo y Pedro: *Vade retro, Sathanas*. 33. El ejemplo de Cristo: corrección fraterna del papa. 34. Deber cardenalicio. 35. La conducta de Paulo IV: *¿quae sunt Dei o quae sunt hominum?* 36. Los móviles: ¿honor de Dios y bien de la Iglesia? 37. ¿Qué espíritu le guía al papa? 38. Catástrofe del catolicismo inglés. 39. Pole ante el peligro de su grey. 40. La restauración católica obra de Dios. 41. La omnipotencia de Cristo y sus instrumentos: la Reina María, Don Felipe, el Cardenal Pole. 42. ¿El espíritu de Cristo destruye la obra de Cristo? 43. Un gran pecado: el silencio de los cardenales. 44. Amonestación a Paulo IV. 45. Protesta final e invitación al papa.

[1] Cum mihi antea semper eam rationem in omni vitae cursu sequendam statuerim, ut in maioribus rebus nihil sine exemplo agerem, sed eos imitarer, qui, eandem personam gerentes, in simili re causaque versati fuissent ac piorum hominum iudicio essent probati: hoc nunc institutum in hac omnium gravissima causa cum mihi maxime servandum esset atque ita cuperem, tamen quo pacto id facere possem vix reperio; mecum enim Sanctitas Vestra sic egit, quo modo nullus unquam Pontifex cum aliquo Cardinale. Ita fit, ut cum ipsa exemplo careat in iis quae contra me fecit, ego etiam exemplo caream, quo pacto me erga Sancti-

tatem Vestram gerere debeam. Nec enim ullum, quod sciam, extat exemplum summi Pontificis, qui, Cardinali in suspicionem haeresis a se vocato, cum is Apostolici Legati munere fungeretur, antequam ad causam dicendam accerseretur, Legationem abrogaverit atque in eius locum alterum substituerit. Nec minus novum atque inusitatum est quod Sanctitas Vestra in Cardinalem | Moronum egit, cuius causam cum mea vult esse coniunctam, neque ego seiunctam velim, quem, eodem crimine sibi suspectum, cum presentem singulis horis ad se vocare posset, in custodiam publicam tradidit antequam eum audiret, vel confitentem crimen vel defendentem.

391^v

[2] Quod si Sanctitas Vestra, quae multa habet et praeclara in similibus causis exempla, in nobis corrigendis si errasse suspicaretur, secuta fuisset, nec mihi quid aut quomodo responderem exemplum deesset, quamquam in hac quidem causa non quid respondeam exemplum desidero, sed quomodo: nam quid respondeam, nihil est quod mihi melius indicare possit quam mea conscientia et facta conscientiae congruentia. Sed quem respondendi modum sequar, non facile reperio; cuius rei illa est causa quam dixi. Si enim Sanctitas Vestra nos tamquam pater filios vel in gravi aliquo | crimine deprehensos, nedum suspectos corrigere voluisset, quo pacto nobiscum agere deberet, quam praeclarum illud habuit Dei patris exemplum in duobus primis suis filiis, qui, cum eius mandatum violassent, eos ad se prius quasi ad dicendam causam vocavit, quam damnaret aut ulla poena afficeret. Horum etiam filium Caim, quem necem fratris meditantem ne faceret admonuerat, post illam patratam, non ante punivit quam ei ad se vocato dicendae causae locum dedisset. Quid hoc ita Deus, nisi quia iudicibus, atque iis qui patris potissimum personam simul gererent, rationem praescriptam voluit quam in filiis corrigendis ac puniendis sequerentur, qui aut in manifesto crimine deprehensi iam fuissent aut suspecti essent?

392^v

[3] Hoc exemplum Sanctitas Vestra in nobis minime est secuta, sed cum utrumque nostrum gravissimo haeresis crimine suspectum habere videretur, alterum | praesentem, qui nusquam se abdere poterat ut Sanctitati Vestrae necesse esset dicere: Adam, ubi es?, [Gen. 3,9] qui ad eam frequenter, tum publice, tum privatim veniebat, quem quoties ei libuisset ad se vocare potuit, in custodiam ante tradi iussit, quam eum, non modo audiret, sed ne videre quidem omnino vellet; mihi vero absenti, prius legationem ademit quam vel suspectum diceret.

392^v

[4] Hic quidem haereo quomodo respondeam: nam de re ipsa nihil dubito dicere, Sanctitatem Vestram utrumque nostrum inmerito suspectum habere. Sed quid praeterea dicam: an conquerar et vociferabor utrique nostrum maximam iniuriam fieri iniusteque nobiscum agi ab eo qui, iudicis personam gerens, antequam nos ullo modo audiat, partes accusatoris exerceat? Paulus quidem Apostolus, cum is ante summum sacerdotem iudeorum causam dicens | eum vidisset partes adversarii sumere audissetque iubere ut os sibi percuteretur, vox illa erupit: Paries dealbate, et tu, sedens, iudicas me secundum legem, et contra legem iubes me percuti? [Act. 23,3]. Verum admonitus summo Dei sacerdoti maledixisse, se, quod id ignoraret, excusavit, citans locum illum Scripturae: Principi populi tui non maledices. [Ex. 22,28]. Quare, et si nobis nunc

393^v

Sanctitas Vestra, quam scimus Summum Dei sacerdotem esse, gravius os percutiat, crimen haeresis impingens, quam lapidibus ulli percuti possit, maioreque nos iniuria et contumelia afficiat quam Paulus tunc sit affectus, ut quae, non alios iubet nobis os percutere, sed Ipsa primum percutit: tamen ita nostram causam agemus ut¹ ab omni verborum contumelia abstineamus, qualescumque sint iniuriae quae ad nos privatim pertinent.

[5] At in iis, quae non tam nos quam ipsam ecclesiam, quam illam partem gregis quae nobis est commendata, offendunt, non dubitabimus uti ea libertate, qua idem Paulus Apostolus usus est, qui cum ipsum Petrum, Apostolorum Principem, videret in officio suo exercendo id admittere, quod cum toti ecclesiae, tum vero illi parti gregis, quae sibi praecipue pascenda tradita fuerat, offendiculum afferret, non dubitavit, ut inquit ipse [Gal. 2, 11], ei in faciem resistere, quia reprehensibilis erat?

393v

[6] Quid ergo nunc ego (ut pro me iam loquar), qui maximum offendiculum video non solum huic parti gregis Christi, quae mihi commissa est, sed universae ecclesiae afferri, cum eam personam ipse tamquam episcopus geram quam Paulus, Sanctitas Vestra eandem quam Petrus? An verebor exemplum Pauli sequi, ut ei in faciem resistam eamque coram omnibus, quia reprehensibilis est, reprehendam? Hoc quidem si faciam, eo magis excusari debeo apud Sanctitatem Vestram, quod hanc moderationem adhibeo, ut non statim eam | sicut Paulus Petrum, coram omnibus reprehendam, sed primum ipsam per litteras admoneo, orans atque obsecrans ne pergat facere quod, huic parti gregis Christi, quae, me ministro, ad obedientiam Sanctitatis Vestrae et istius Sanctae Sedis est reversa, a qua se iampridem separaverat, ita grave offendiculum affert, ut in periculum schismatis iterum eam adducat. Quas preces meas si Sanctitas Vestra dignetur audire, tollentur iam querelae omnes, tollentur mala omnia, quae hinc oriri possunt. Sin minus, cogar id agere cum Sanctitate Vestra, iniuste me in facie ecclesiae cum maximo gregis mihi commendati et omnium offendiculo tractante, quemadmodum Paulus cum Petro egit, nihil iniuste, sed pro bono non ita fructuose facere incipiente, ut ei in faciem resistam eamque coram omnibus, quia maxime reprehensibilis est, reprehendam.

394r

[7] Illa vero in hoc primum se reprehensibilem ostendit, cum in | lege naturae, ut ostendi, exemplum haberet Dei, id sequi noluit; regum autem gentium et eorum qui dominantur secuta est, quod in lege gratiae Christus Deus et homo, cuius ipsa in terris locum tenet, prohibuit.

394v

At hic Sanctitas Vestra dicet me primum stulte, deinde inique secum agere: stulte quia meam causam cum Cardinalis Moroni causa coniungam; quid enim scio, etiam si Moronum reliquerim de religione optime sentientem, in eodem illum sensu postea permansisse, nec Sanctitati Vestrae causam dedisse cur statim eum in custodiam tradi iuberet? Stulte ergo me facere, qui alienae et mihi ignotae culpae affinem me constituam. Deinde inique cum Ipsa agere atque etiam mecum, qui, quod nemo mihi obiiciat, id ipse mihi fingam. Nonne eo conscientiam meam vel maxime prodi et condemnari? Hoc enim argumento esse | cuius criminis ipse mihi conscius sim, de eo me suspicari ab aliis accusari.

395r

¹ Tachado: *quantum fieri poterit.*

Nam quod ad Legationem attinet mihi ablatam, hoc quidem a se ob id etiam factum esse, quod ego in iis litteris quas ad Sanctitatem Vestram scripseram, onus eam appellans, ostendissem non multum laborare me, si in alterum transferretur; nec vero se in ipsa legatione abroganda mihi quicquam obiecisse eorum quae ipse in meam ipsius ignominiam fingo, sed potius de me id statuisset quod maiori esset honori, cum ad se me vocaret, non ut ei in rem atque usum unius tantum partis gregis serviam, quod nunc facio, sed ut in consiliis praesens assistam iis de rebus quae ad totius gregis utilitatem et salutem pertinent, in hoc autem videri se maxime honori meo et commodo consuluisse; atque haec quidem mandata dedisse ei, quem ad Serenissimam Reginam et ad me huc misit; illum | vero, cum adhuc non audierim, imo operam dederim ne audire possem, in quo id feci quod nullus unquam Cardinalis.

395v

[8] Incipiam autem cum Sanctitate Vestra conqueri atque expostulare, quasi ea sim iniuria ab ipsa affectus, qua nullus unquam Pontifex ullum Cardinalem affecerit. Quid hoc magis irreverenter fieri posse, magis iniuste, magis etiam impie, contra illum qui Christi Dei et hominis personam in terris gerit, id vero eo spectare, nisi Deus avertat, ut principium sit deterioris schismatis quam illud fuit quod dico me ministro sublatum fuisse! Haec quidem si dicat Sanctitas Vestra, quae partim ab ea dicta esse iam audio, partim ab eius nuntio, cuius iter huc interclusum fuit, par est, ut, quando ad id necessario sum adductus, ut quae in illa reprehendenda sunt ar- | guam, prius ipse pro me respondeam ostendamque nihil a me eorum quae mihi obiiciantur esse commissum, in quo merito sim reprehendus.

396r

[9] Nam de intercluso itinere Nuncii Sanctitatis Vestrae, ut ad id primum respondeam, quod iniquius magisque impie factum videri possit, ita se res habet; quid aut quo tempore de eius adventu deque iis, quae Roma afferebat, cognoverim, omnia vere simpliciterque exponam, ut tota res planius intelligi possit, paucis repetam quae aliquot diebus ante acciderunt.

Cum Regem hinc discedentem Regina usque ad mare prosequeretur², abessemque ego tunc, litteras illa ab Oratore suo in itinere accepit, de legatione, quae vocatur de Latere, mihi ablata, altera Sedis Archiepiscopalis relicta; et quae litteris Oratoris suis adiunctae erant, eadem de re ad me scriptae, eas retinuit cum ego prorsus ignorarem litteras Roma ad illam venisse. Quod ut primum cognovi | misi ad eius secretarium et ad ipsam, ut intelligerem num aliquae ad me litterae essent allatae. Hoc secretarius primo dissimulavit, tandem Regina confessa est se litteras de negotio Legationis, cuius causa Romam ad Sanctitatem Vestram miserat, ad se scriptas habere atque etiam ad me; sed non prius eas velle mihi reddi quam ipsa in reditu Londinum versus me videret. Paucis post diebus, cum ei obviam venissem, totam rem mihi illa narravit, non sine magno animi dolore quem vultu et verbis prae se ferebat, pluresque doloris sui causas proposuit. Hoc cum Regina mecum vesperi egisset, postridie bene mane venit eius tabellarius, quem Romam cum Litteris suis et episcoporum ad Sanctitatem Vestram miserat; quas autem lit-

396v

² La Reina María acompañó a su esposo a Greenwich y Dover, de donde zarpó el 6 de julio de 1557.

teras ad me is afferebat, Regina retinuit. Quae mihi post aliquot dies sunt redditae, cum illa | statim eundem tabellarium, re mecum non communicata, ad Regem misisset.

397r

Hoc tantum ab ipso tabellario antequam discederet intelligere potui: Sanctitatem Vestram nuncium cum litteris et mandatis ad Reginam et ad me mittere, quem ille in itinere reliquisset, ac brevi affuturum putaret. De eo Regina nihil mihi indicavit: imo, ut postea intellexi, aegre tulit tabellarium quicquam dixisse; ac tum quidem ego a Regina discessi et Londinum veni, ubi nuncium Sanctitatis Vestrae expectare cogitabam, a quo quid Sanctitas Vestra de me statuisset intelligere cupiebam. At postea, cum eius adventus diutius differretur, intellexi eum aliquot dies Bruxellis fuisse, ac tandem Caletum venisse, ubi mandato Reginae ab eo petitum esset, ut expectaret, dum tabellarius, quem ipsa ad Sanctitatem Vestram missura erat, rediret; quod illa quidem se facere dicebat iustis de causis | quas non dubitabat quin Sanctitas Vestra esset probatura.

397v

[10] Hoc ut ego audivi, statim me ad Reginam contuli, et cum ipsa atque eius consiliariis egi, ut Nuncio Sanctitatis Vestrae huc, nulla interposita mora, venire liceret. Sed tam Regina quam ipsi consilarii a me contendere coeperunt, ne in hoc negotium me interponerem, sed totam rem integram Reginae permitterem, simulque rogabant ut pergerem Legationis officio fungi, quoad Breve Sanctitatis Vestrae hac de re accepissem. Hoc vero prorsus negavi me facturum; et cum dicerent Sanctitatem Vestram Oratori Reginae dixisse me nullis rumoribus moveri debere, etiam si omnes affirmarent mihi Legationem ablatam, neque ante desistere a fungendo Legationis munere, quam hac de re Breve Sanctitatis Vestrae accepissem, respondi: si Sanctitas Vestra hoc dixisset, tum dixisse cum nihil minus | suspicaretur quam fore ut eius nuncius, qui Breve afferebat, prohiberetur ne ad me accederet; me vero, cum id iam scirem, nolle diutius Legationis munus exercere. Quod si nuncio Sanctitatis Vestrae huc veniendi potestas fieret, eo quidem me functurum quoad ille venisset; sed cum hoc, ut is veniret, Reginae et eius consiliariis persuaderi non posset, nec ego mihi illud persuaderi sum passus, ut munus Legationis diutius obirem.

398r

[11] In hoc statu cum res esset, mihi faciendum esse putavi, ut Nicolaum Ormanetum, Auditorem meum, qui mihi omni huius Legationis tempore operam suam summa cum fide et piorum omnium laude navavit, ad Sanctitatem Vestram mitterem³; quem illa, si audierit, non dubito quin agnoscat tantum quidem abesse ut vel in hac causa vel in ulla alia re a me quicquam commissum sit, quod eam iure aliquo modo offendere posset, ut audeam | dicere nihil me praetermisisse quod ad honorem istius Sanctae Sedis et Sanctitatis Vestrae magis illustrandum pertineret omnibusque privatim officiis, tum ipsam Sanctitatem Vestram, tum suos omnes, prosecutum esse.

398v

[12] Quo magis ignosci mihi debet, si liberius agam cum Sanctitate Vestra, quae me sic offendit, ut nullus unquam Cardinalis ab ullo Pontifice maiori contumelia sit affectus, cum maiores illa quidem fructus honoris ex meis laboribus quam multis iam saeculis ullus Pontifex cuius-

³ Ormaneto salió de Inglaterra los últimos días de julio de 1557.

que Legati sui opera ceperit. Atque utinam in me uno haereret haec macula, qua me illa affici studet, aut etiam in Cardinale Morono; cuius causam si cum mea coniungam atque ob id stulte facere existimor, de eo post dicam, nec vero si stultus appellor, magnopere id curo; sed haereticum dici aut in suspicio- | nem haeresis vocari, praesertim a Sanctitate Vestra, id vero, ut debeo, maxime laboro.

[13] At hic Sanctitas Vestra dicet, quod supra etiam posui, mihi ipsi haec fingere suspicarique ab aliis id obiici, cuius me ipsa conscientia coarquat; nec enim quoad ipsam attinet, eiusmodi quicquam se mihi obiecis- se, quae etiam ad se honorificis verbis una cum caeteris Cardinalibus absentibus vocare statuerit, ut quoniam generale concilium hoc tempore propter bella cogi non potest, rebus universae ecclesiae maxime afflictis, communi totius collegii consilio, prospiciat et succurrat. Hoc vero quid honorificentius? Eandem etiam commodum meum spectasse in Legatione abroganda, quam nihil mihi dicerem praeter labores et sumptus afferre.

[14] Haec quidem et huiusmodi a Sanctitate Vestra dici audio eadem- que in eius Brevi, quod adhuc videre non potui, scripta esse non dubito. Sed quid | verba audiam, cum facta videam? Apparent enim signa quaedam quae Sanctitatis Vestrae sensum de me certius multo et planius, quam illa verba, declarant. Cum vero haec longe aliter loquantur eaque lingua quam nemo intelligere non possit, an tanquam avis aucupis fistula, sic me verborum sono decipi patiar? Nam de Legatione mihi adepta, fateor vereque ita sentio, quod ad me ipsum quidem attinet, gravi me onere esse levatum; at quo pacto id factum sit quanti refert! Ut enim si quis aestate, fesso et sudanti, mihi gravem vestem commode detraheret, pergratum faceret, sic idem ea violenter detracta, ut me quoque ad terram traheret caputque ad saxum allideret ac diminueret, insignem profecto iniuriam inferret. Cum igitur Sanctitas Vestra in hac Legatione, tanquam veste | gravi mihi detrahenda, me simul in terram traxerit caputque diminuerit, quod eadem me blandis verbis ad se vocat, si id mihi gratum esse dicerem, apud eam quidem valde dissimularem; non dissimulo autem cum dico, si commode detracta fuisset, id me, non modo aegre laturum, sed quod ad me ipsum quidem spectant, gratias etiam habiturum fuisse. Illa vero cum post multos et magnos labores in hac Legatione obeunda a me susceptos, eam mihi repente abrogat, nihil mecum de modo communicans, nihil de eo ad quem transferre cogitur, nonne ad terram violenter me trahit et caput diminuit? Sed quasi hoc non satis esset, iacenti mihi obduci ac penitus deleri studet ea quae cum honore adhuc impressa tuli Christi stigmata, et quae cum ecclesiae hostibus haereticis pugnans vulnera accepi, ut eorum loco in fronte quasi | candenti ferro ignominiosam haeretici notam inurat. Hoc quidem facit eorum oblita, quae pro ecclesiae obedientia defendenda ac restituenda feci; Legationem, in qua assidue cum haereticis pugnavi, ob huius ipsius criminis suspicionem mihi abrogat, meque ad se vocat. Hoc enim eius factum, ita revera esse interpretandum, etiam si verbis ipsa nihil tale mihi obiecisset, declarant quae in eadem re et causa Sanctitas Vestra fecit, ex quibus quid de eius in me animo ac voluntate existimandum sit, facile est iudicare.

[15] Nam primum quidem, cum de Legatione mihi vel abroganda vel confirmanda ageretur, quod de ea re Sanctitas Vestra non ad collegium Cardinalium in concistorio, ubi de eiusmodi rebus agi solet, sed extra

ordinem ad Cardinales inquisitores haereticae pravitatis | retulerit: Quid hoc? An non satis indicat quid ipsa de me sentiat, aut certe quid alios sentire velit? Quid cum litteras accepisset Regum et episcoporum, qui legationem mihi confirmari postulabant, quod non ipsa quidem hoc Oratori Angliae⁴ negaverit se facturam, sed de eo referre distulerit, quoad de Cardinale Morono, quem ob suspicionem haeresis in custodiam traderat, quo nihil Roma unquam vidit indignius, quaestio habita fuisset, quem omnes mihi amicissimum esse norunt. Quo facto, statim praeter expectationem et spem Oratoris, a me Legationem in alium transtulit. An non hoc certissimo est argumento, eam voluisse aliis ita persuaderi quaestionem de Cardinale Morono habitam, causam ipsi attulisse, quasi aliquid eiusmodi contra me invenisset, ut merito hoc faceret? Quid denique cum in eodem concistorio | in quo mihi legationem abrogavit, successione in episcopatum Brixiensem ius D. Aloisio Priolo ademit, quem mihi intimum esse ac meorum consiliorum participem noverat, quem Julius III Sanctitatis Vestrae praedecessor et suum et amplissimi Senatus Veneti de eius pietate et doctrina iudicium secutus, ex quatuor quos illi nominaverant, ut eius Sanctitas quem mallet successorem Rmi. Cardinalis Duranti iam senis designaret? An non hoc plene ostendit, quo me animo et consilio ad se Romam Sanctitas Vestra vocare statuerit? Non haec, melius quam verba, sensum eius de me ac iudicium declarant?

401r

401v

[16] Quodsi verborum etiam testimonium accedat oportet antequam quicquam tale de Sanctitatis Vestrae animo plane suspicandum | sit, ne hoc quidem deest. Nam, etiam si nihil adhuc illa publice contra me sit locuta, at privatim (ut ad me est perscriptum) cum narraret illis apud quos in suspicionem haeresis vocare me studet, quae in meo ab Urbe discessu inter nos locuti fuimus, quae quidem sola ipsa novit, num dubitavit dicere sibi me iampridem hoc ab ipso haeresis crimine suspectum fuisse, quod domum meam sciret ab hinc multis annis receptaculum esse haeticorum, in quibus nominat Flaminium, qui Romae apud me est mortuus, quem plane affirmat haeticum fuisse maxime depravatum. Haec vere cum Sanctitas Vestra dicit, ut illa quidem me omni reprehensione liberat temeritatis inanisque de eius in me animo suspicionis, sic ad respondendum meque ipsum pur- | gandum vehementer provocat.

402r

402v

[17] Atque ut non soium id faciam, sed ut coram omnibus in faciem ei resistam, monet me exemplum Pauli Apostoli, propter grave offendiculum gregis Christi, qui meae custodiae est commendatus, quod idem etiam non minus ut Cardinalis facere cogor quam ut episcopus, si officio Cardinalis recte fungi velim. Quid autem me hoc tempore dicere utriusque muneris ratio cogat, post explicabo, si prius quae ante, Cardinalis, cum Sanctitate Vestra adhuc Cardinali, ut de hac eadem re agere accidit, exposuero. Nec enim hoc nunc primum fabula est nata; sed quod nunc Sanctitas Vestra coram universa ecclesia peperit, hoc in conclavi post mortem fe. re. Pauli tertii | concipere coepit⁵. Quo tempore, cum ad me delatum fuisset duos Cardinales, ad nominis mei invidiam atque infamiam ex crimine haeresis conflandam, conspirasse, Cardina-

403r

⁴ Sir Edward Carne. Cf. HUGHES, p. 326.

⁵ El conclave duró desde el 29 de noviembre de 1549 hasta el 8 de febrero de 1550.

lem Tranensem⁶ tum collegii decanum, et Sanctitatem Vestram: et si principio, ut id, praesertim de Sanctitate Vestra, crederem, adduci non poteram, tamen si quod eiusmodi esset, illud prophetae mecum dixi: Pro eo ut me diligenter detrahebant mihi, ego autem orabam; posuerunt odium pro dilectione mea et odio habuerunt me gratis [Ps. 108, 4].

[18] Sic equidem tum dixi cum haec primum audivi, neque aliud ad eos rumores extinguendos facere studui. Postea vero, cum intelligerem meo silentio, aliorum de me obloquendi licentiam augeri, ut mihi retulerunt qui mei nominis erant studiosi: tum quidem, admonitu et hortatu | eorum, misi primum ad Cardinalem Tranensem expostulatum quod cum fratre suo tam inique et contra omnem charitatis rationem ageret, qui, cum nullum unquam de tali re verbum mecum fecisset, nunquam animum meum explorasset contra tot tamque illustria fidei meae erga ecclesiam et obedientiam testimonia, quae Deus extare voluisset magis quam cuiusque alterius ex eo collegio, me in suspicionem perfidiae atque haeresis vocaret. Quod si ille secus forte de sensu meo suspicaretur, cur non ut charitatis lex iubet privatim me primum admonuisset, quod nunc facere posset, atque ut ita faceret invitavi; sin hoc ei minus placeret, in frequenti Cardinalium congregatione idem facere posse; sin utrumque re- | cusaret, tum quidem, quoniam iudex nobis dēssset, id me patienter laturum; sed ut primum, creato summo Pontifice, iudex datus fuisset, me apud eum, quisquis futurus esset, acturum, ut ipse ad rationem obiecti mihi criminis reddendam vocaretur. Haec illi ut per Cardinalem, tunc Burgensem, nunc Compostellanum⁷, virum optimum, deferrentur curavi. Quod ipse pro sua humanitate et erga me amore cum diligenter fecisset, rediit paulo post ad me secum adducens Cardinalem Tranensem, qui ita mecum locutus est de illo rumore, ut nihil minus agnosceret quod ullum verbum ha de re ad meam ignominiam a se umquam fuisse factum, meque rogavit, ut ne falsis de se rumoribus crederem.

Ita tum discessimus; idem postridie in sacello, quo con- | venire omnes quotidie solebamus, cum eadem quae ante dixerat repetisset, ut omnem suspicionem ex animo meo deleret mihiq̄ue penitus persuaderet, nihil eiusmodi ad infamiam nominis mei ab eo esse dictum, iureiurando plane affirmavit, tantum abesse ut quicquam de me unquam male sensisset, ut conscientiam suam testaretur, se meliorem me in Urbe Roma iudicare neminem. Ad quod respondi me malle, et ab illo et ab universo collegio atque ab omnibus qui Romae esset, haereticum existimari, modo non essem, quam id ullo modo agnoscere et mihi sumere. Hic fuit nostri hac de re sermonis exitus et criminationis, qua is in me usus esse dicebatur, quem postea | nunquam de me minus commode locutum esse intellexi.

[19] Restabat iam ut item cum Sanctitate Vestra de eadem re agerem, cui, cum eadem meo nomine per eundem Cardinalem Burgensem referenda curassem, nec illa ad me venit, nec ego aliquandiu ad illam. Sed cum in quadam Congregatione paucorum Cardinalium, cui uterque nostrum interfuit, magnam quandam sui erga me studii significationem dedisset, ex eo facile sensi velle eam ex animo meo evellere, si qua eius-

⁶ Juan Domingo de Cupis; EUBEL III, 15.

⁷ Juan Alvarez de Toledo; EUBEL III, 25.

modi de se suspicio insedisset, et ad ipsam postea ad cellam eius accessi, ut hac de re cum ea loquerer. Atque initio, cum illam rogassem ne me, antequam dicendi finem facerem, interpellaret, ita sum exorsus: mirari me sortis meae genus hac in re, et rationem divinae providentiae, quod, cum duos | homines praeter caeteros coluissem, Regem Angliae Henricum octavum et Sanctitatem Vestram, et honoris utriusque et existimationis cupidissimus ac studiosissimus semper fuisset: alter, cuius causa passus eram me omnibus bonis, et quaecumque chara et iucunda hominibus in hac vita esse possunt, privari, potius quam ei consilio assentire, quod viderem sine maximo nominis eius dedecore ac Maiestatis detrimento ad exitum perducere non posse, tandem me tamquam reum laesae Maiestatis damnasset, omnique ratione ut hostem persecutus fuisset; alter vero, pro cuius pietate animam meam summo Pontifici et ecclesiae quasi oppignorasset, is me, si vera essent quae de eo mihi delata fuerant, in suspicionem impietatis et laesae | Maiestatis divinae crimen vocaret.

405v

406r

[20] Hic Sanctitas Vestra interpellare voluit. At ego, quod initio rogareram, postulans ut ne orationem interrumperet patereturque me pergere, coepi narrare de Sanctitatis Vestrae ad Cardinalatum electione: quo pacto Paulus tertius, cum, Cardinalis Contareni et Giberti, episcopi Veronensis, verbis adductus, eam Cardinalem creare statuisset* atque in hac sententia plures dies permansisset, tandem, instante iam creationis die, sententiam sic mutavit, ut, Sanctitate Vestra praeterita, Archiepiscopum Brundisinum⁹ eius loco eligere cogitaret. Quod, cum Cardinali Contareno et episcopo Veronensi dixisset ea nocte quam insecutus est creationis dies, quod ii se id minime probare ostenderent | atque etiam dissuaderent, tum Pontifex, licet multa de nocte, me vocari iussit, eo consilio, ut post intellexi, quod, cum ex quodam sermone per illos dies a Sanctitate Vestra mecum asperius habito, cum ei me offensum iudicaret, existimabat hanc me sententiae suae commutationem facile esse probaturum.

406v

Qua in re opinionem eius longe fefelli: nam cum causam cur sententiam mutasset, quam initio sermonis non exprimebat, sed grave quiddam significabat, tandem diceret fuisse impietatis suspicionem quam sibi fecissent quae de illa audisset, ad hoc quidem verbum sic exarsi, ut comparans Brundusinum cum Sanctitate Vestra, modestiae fines, quod postea sensi, transirem, in Brundusino vituperando, ut pietatem Sanctitatis Vestrae laudarem, | denique proieci me ad Pontificis pedes, suppliciter orans ne ob talem causam, quae sine dubio calumniandi causa ficta esset, sententiam mutaret eligendi Sanctitatem Vestram, pro cuius pietate auderem animam meam ipsi et ecclesiae oppignorare, quod tum me facere dixi.

407r

Quibus verbis ille simulque eorum qui aderant precibus commotus, cum ad priorem sententiam rediisset, ea ipsa hora episcopum Veronensem ad Brundusinum misit, quo cum eo ageret, ut facile pateretur se in praesenti creatione praeteriri, cuius in sequenti ratio omnino haberetur. Haec ego cum Sanctitati Vestrae in conclavi dicerem, ut ea adiun-

* Tales nombramientos tuvieron lugar el 22 de diciembre de 1536. Sobre Contarini y Ghiberti cfr. PASTOR, o. c. XI, 430.

⁹ Jerónimo Alejandro, antiguo nuncio en la Dieta de Spira de 1531; EUBEL III, 142.

gerem quae supra commemoravi, quae tamen dixi me non magis adduci posse ut crederem, quam illa, quae de suspitione impietatis eius Paulus Pontifex narrasset, nisi ab ipsa audirem: ad haec Sanctitas Vestra ita |
 407^v respondit, ut mihi primum gratias ageret, quod non tam facile credidissem seque in eo diceret meum erga ipsam studium et amorem aeque agnoscere atque agnovit in creatione. Nec enim nova Sanctitati Vestrae visa est haec historia; quae etiam ostendit se non ignorare qui huius infamiae sibi conflandae fuisset auctor apud Pontificem, ut eius electionem impediret. Cum autem plura de mutuis criminationibus et falsis calumniis, quae dum esset conclave inter cardinales oriri solerent, dixisset, a quibus ut caverem hortabatur me, non minus quam a serpentibus, sic appellans huiusmodi rumorum auctores, ita quidem a Sanctitate Vestra tum discessi, ut putarem totam illam comoediam, ne dicam tragoe-
 diam, quae in conclavi excitata fuisset, simul cum conclavi omnino finem habituram. |

408^r [21] Post vero dimissum conclave, cum non deessent qui eadem in privatis sermonibus iterum mihi obiici a Sanctitate Vestra dicerent, paulo ante meum ab Urbe discessum, ea de re iterum cum ipsa locutus sum in aede divi Pauli; atque ad extremum, cum illa suam de me opinionem ac voluntatis et studii propensionem erga me declararet, ultima eius verba memini haec fuisse: Si Deus, inquit, utrique nostrum tantum vitae spatium dederit, ut in altero conclavi una esse liceat, tum intelliges quid hic senex (se ipsum autem digito ostendebat) tua causa sit factururus.

Sic ergo tum discessimus, ut finitam esse iam hanc fabulam iudicarem. Quod si ita non esset, at certe, quo tempore Sanctitati Vestrae de adepto Pontificatu gratularemur, tum ad *Plaudite*, quo verbo comoediae concludi solent, perventum esse iudicavi; ac si ne id tum quidem, at postea cum, ipsamet de me referente, Archiepiscopus Cantuariensis sum factus, existimavi non modo ab eius obtreptionibus | si quae fuissent, tutum me omnino futurum, sed si quis alius existeret qui tam intemperanter nomine catholici abuti vellet, ut mihi haeretici obiiceret vel quoquo modo in suspitionem haeresis vocaret, Sanctitatis Vestrae testimonium, quod ipsa mihi amplissimum dedisset cum frequenti consistorio de archiepiscopatu mihi conferendo referret, satis me contra omnia eiusmodi criminationis tela munitum et tectum fore.

409^r [22] Ut autem Sanctitas Vestra, contra hoc suum tam recens tamque honorificum de me testimonium, post quod nihil de me audire potuit (praeter contentiones et pugnas cum reliquiis haeticorum et schismaticorum, et illustres cum magno catholicae religionis incremento et Sedis Apostolicae victorias), eadem me haeresis ac perfidiae crimine suspectum reddere studeret; id vero mihi nunquam venit in mentem suspicari ac ne de ullo quidem alio qui se catholicae religionis studiosum profiteretur, etiam si mihi aliis de causis maxime | esset infensus, modo pietatem non simularet in conspectu hominum, clam autem esset haeticus. His enim, qui tales sint, non dubito omnia quae per me fecit Deus in hoc regno ingrata esse, eosque nulla re magis gaudere quam hoc nomen mihi a Sanctitate Vestra imponi, sicut multos quidem nunc facere audio. At si quis vere sit pius et catholicus, etiam si non solum doctrinae haeticorum aliquando assensisse, quod a veritate longissime abest, sed cum eis contra ecclesiam coniurasset eamque aperte oppugnasset, tamen hoc tempore, quo omnes vident tam illustrem Christi victoriam, me, Sedis

Apostolicae et Sanctitatis Vestrae ministro, pro unitate et obedientia ecclesiae contra haereticos partam, vident quotidianas contentiones et pugnas cum reliquiis haereticorum pro ipsorum atque aliorum salute et pro honore Sedis Apostolicae a me susceptas, qui vere pius et catholicus esset, non is profecto aut mihi superioris temporis impietatem obiiceret aut ad dicendam causam vocaret, sed potius | gratias Deo ageret, ut in 409v
Apostolo Paulo factum fuit, quod, qui ecclesiam ante oppugnasset, is eam nunc acerrime defenderet multosque quotidie ad ecclesiae gremium reduceret, rebelles autem ac pertinaces omni ratione convinceret et coer-
ceret.

Hoc quidem vere catholici et pii hominis officium esset, etiam si haereticorum fautor antea et princeps fuissem. Nunc vero, cum totius vitae meae cursus in obedientia fidei et ecclesiae Romanae sit peractus, cum qui eam maxime oppugnabant, me praecipue petiverint, mihi insidias atque perniciem moliti sint; cum Deus me, non modo ex eorum manibus eripuerit, sed in manus meas ipsos ad eorum salutem, qui seruari cupiunt, tradiderit; cum totus nunc in eo verser ac laborem, ut Christo et ecclesiae plures quotidie lucrificiam, et qui pertinaces sunt tanquam putrida membra amputem, cum bonorum gaudio et maximo catholicae doctrinae progressu, an quisquam | nunc Christi et ecclesiae ama- 410v
tor conetur hanc tantam tamque illustrem Christi et Sedis Apostolicae victoriam, per infamiam eius, quo ministro illa parta est, obscurare? An potui ego suspicari, fore ut, cuius pietatem ita defenderim, dignitati et honori faverim, qui Pontifex tantum ex hac Christi et ecclesiae victoria honoris fructum ceperit, me ministro, quantum multis abhinc saeculis nullus Pontifex cuiusque Legati sui opera, is mihi tam insignem contumeliam mercedis loco redderet?

[23] Verum quod ego suspicari non potui, hoc tandem accidit, ut alia aliquando praeter omnem hominum opinionem et iudicium accidunt. Quid igitur agerem? An nihil prorsus respondere deberem tacitusque hanc infamiam aequo animo ferre? Praesertim cum tantae auctoritati, quae me nunc premit, frustra resistere videar, frustra me purgare apud eum qui supremus iudex in terris a Christo constitutus accusatoris personam sumpserit seque id facere dicat non malevolentia ulla adductum; quae enim sibi malevolentia mecum, a quo nunquam sit offensus, quae cum Morono, sed cum | utroque potius multae sibi et graves coniunctionis et 410v
amoris causas intercedere? Verum ubi agitur de causa Dei, de puritate fidei, tolli oportere omnia amicitiae humanae vincula vel arctissima; se cogitare collegium ab omni suspitione haeresis purgatum successori relinquere, et quia nulli sint ex universo collegio magis suspecti quam uterque nostrum, a nobis eius purgandi initium fecisse, in quo existimare se gratissimum Deo sacrificium esse oblaturam.

[24] Haec quidem audio Sanctitatem Vestram dicere, atque huius nostrae contumeliae originem, et quicquid ipsa in hac causa agit, suae erga Deum pietati et studio purgandi collegii tribuere. Ad haec vero, quid ego respondeam? At quo modo? Cogor enim, ut ante dixi, respondere duplici officio ac munere, et cardinalis et episcopi; ac neutri, tacendo, satisfacere ullo modo posset. Primum igitur Sanctitati Vestrae, non minus iniuste me persequenti post ecclesiae victoriam a Deo datam, me ministro, quam Saul Davidem post victoriam pro Israelis salute ab eo cum maximo vitae periculo partam, idem quod ille tum Sauli dicam:

410bis Si Dominus excitat contra me, odoretur sacrificium; sin filii hominum, maledicti | sunt in conspectu Domini. [I Sam. 26, 19] Atque utinam potius filii hominum!

[25] At hic dicet Sanctitas Vestra, ita respondere perinde esse ac non respondere; quem enim esse tam nocentem reum, cui non eadem liceat dicere, praesertim si putet peccata sua latere, quemadmodum nunc ne fortassis mea existimare? Haec vero si sunt occulta, Sanctitas Vestra eorum iudicium permittat Deo, qui est scrutator cordium, et sequatur exemplum praedecessoris olim sui Pontificis Zepherini, viri sanctissimi. Sin autem negat ita latere quin multos offendant, ea quae sint proferat, et ad singula respondebo. Nunc vero cum nihil Sanctitas Vestra mihi obiciat, tantum me sibi suspectum esse dicat idque iam multos annos, atque ita non crimine premer, sed auctoritate, certe quemadmodum respondeam non reperio, nisi ut illum orem, qui Sanctitati Vestrae hanc auctoritatem dedit, pro qua defendenda plura me pati voluit quam quem-
 410bis que alium nostri ordinis, ut ipse pro me respondeat. Sic quidem faciam, sic dicam: Domine vim patior, responde | pro me. [Is. 38, 14] At quanta vis haec est, ut, qui supremi iudicii locum in terris habet, a quo appellare non licet, cui Deus tantum auctoritatem dedit, ut quicquid ligaverit et solverit super terram, ligatum et solutum sit in coelis, me in suspicionem tam gravis criminis nocet? An ullus unquam reus maiorem vim ab ullo accusatore est passus? Non puto equidem. Verum, quae maior videtur vis, ut qui accusat, idem sit iudex. Quod ad me quidem attinet, non ita moneor; nec enim mihi tam extimescendum duco, si Sanctitas Vestra in iudicio de me obloquatur, non enim dubitarem si pro tribunali iudicaret, quia Dominus eius mentem et linguam dirigeret ut rectum iudicium pronunciaret. Quid ergo? Quem accusatorem gravem habeo, eundem iudicem non timeam? Nihil prorsus, nam cum me iniuste accusat, Dominus ei permittit indulgere desiderio cordis sui; quod si in iudicio sedeat, plus | confido verbis Dei, qui promisit se facturum ut in summa sacerdotis sede veritas et iudicium maneat, quam difido malitiae humanae, etsi infensam mihi nunc et gravem ita se extra iudicium ostendat, ut Domini vocis iam pridem in auribus universae ecclesiae pro me respondentis, quam vocem omnes alii plane audierunt ac perceperunt, ipsa ne sonum quidem audiat.

[26] At quod genus hoc respondendi est, inquiet Sanctitas Vestra? Quae-
 411r retque an putem suspensiones, quae contra me graves existunt, posse tollere eiusmodi exclamationibus et querelis, quibus uti maxime solent qui minime conscientiae et causae suae confidunt. Nec vero me dicat, si nullius culpa mihi sim conscius, usurum fuisse eiusmodi figuris orationis ad me defendendum, ut dicerem: Dominus pro me respondebit, et universa ecclesia audit et intelligit quod iudex idemque accusator nullo modo audit. Quorsum enim haec? Quid haec probare, quidve contra tantam auctoritatem valere posse? Nihil sane, fateor, probare aut valere debent, si mea sint aut hominis cuiusquam | verba. Verum, si sint Domini verba, idem probant ac valent quod res, suntque res; cum autem dico Dominum pro me respondisse, dico Dominum, factis, non tantum verbis, me contra omnes eiusmodi suspensiones defendisse. Cum universam meam vitam testem proferam sinceritatis fidei meae, Domini vocem profero pro me respondentis, sine cuius gratia et maximo dono, nec a principio sinceritatem illam fidei habuissem, nec post, cum tanquam aurum

igne, sic illa persecutione schismaticorum et haeticorum probata atque explorata esset, retinuissem.

[27] Quare, si Sanctitati Vestrae ita dicam, recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae, omnes annos iuventutis, quibus semper in amaritudine vixi idque ob eam persecutionem quam passus sum ab iis qui ab ecclesiae obedientia recesserunt, a qua Dominus non passus est me recedere: nonne hic vere possum dicere Dominum pro me respondisse, cumque haec non in remoto aliquo et abdito loco facta sint, sed in conspectu totius ecclesiae? Nonne simul dicere possum universam ecclesiam has Dei voces audisse | ac percepisse, quae non tantum verba erant, sed facta atque ipsae res? An non, vel hoc solum Dei verbum satis esse deberet ad depellendas omnes suspicionum, si quae obortae essent, nebulas, cum meae illius amaritudinis et persecutionis, quam pro ecclesia sustinui, non ante finis ullus habuerit quam hoc regnum Deo et ecclesiae, me uno Sedis Apostolicae et Sanctitatis Vestrae Legato atque ministro, reconciliatum est? Hic vero, nonne possum dicere, [Is. 38, 17] Ecce in pace amaritudo mea amarissima? Sic quidem vera dicere possum; nec enim tam molesta unquam et acerba mihi fuerunt, quae tandiu passus sum ab iis qui bellum cum ecclesia gerebant, quam gravis est, post reconciliationem et pacem huius regni cum ecclesia factam, eius persecutio cui omnes huius pacis et honoris fructus detuli.

411bis

Qui tamen, si aliquid mihi obiiceret eorum quae ad hanc reconciliationem pertinent, si diceret in ea me constituenda non recte officio legati functum, aut postquam facta sit, hanc victoriam Christi et ecclesiae non recte | esse persecutum, aequiore animo ferre possem.

411bis

[28] Nunc vero, nihil horum obiicitur; imo, de ipsa reconciliatione Sanctitas Vestra se valde gavisam esse ostendit, et omnia quaecumque feci comprobavit. Quae vero deinceps, eius confirmandae causa quotidie facio, eiusmodi spero esse, ut cuicumque honor istius Sanctae Sedis et utilitas ecclesiae in hoc regno chara sit, haec ei ingrata esse nullo modo possint, quippe cum nihil unquam quod ad me aut ad quenquam meorum pertineret, sed tantum publicum bonum et honorem Dei atque istius Sanctae Sedis et Sanctitatis Vestrae, cuius minister eram, perpetue spectaverim, idque unum omni studio quaesierim. Postea vero cum ita accidisset, |

[29] Postea vero cum ita accidisset [sic!], ut Sanctitas Vestra bello praemeretur, quod cum maximo animi mei dolore et audivi semper et nunc audio, etsi nihil ea mihi nominatim mandavit unquam, quod ad pacem et concordiam concilandam spectaret, tamen nunquam ullam occasionem praetermissi id curandi, quod maxime cum honore Sanctitatis Vestrae et dignitate istius Sanctae Sedis convenire posset. Quod si quis in his me accusaret apud Sanctitatem Vestram, aut ei me suspectum reddere studeret, tum quidem dicerem filios hominum maledicos, et maledictos Sanctitatem Vestram contra me incitare.

412r

[30] Atque haec certe obiicenda erant, si quid erratum esset, non vetera, quae nihil certi habent quo nitantur, atque ut haberent, tum, propter gloriam eorum quae postea Christus per me fecit, essent oblivione penitus obruenda. Sed nihil eorum obiicitur, quae Legatus feci. Illa finguntur quae nec legatus nec privatus Cardinalis feci, nec facere quidem unquam

412^v cogitavi. Quod satis testantur ea quae post, Legatus, gessi, | etsi quaecumque per omnes aetatis gradus ullo tempore a me facta sunt, facile patior, ad explorandam sinceritatem fidei et obedientiae meae erga ecclesiam, in medium proferri. Sed haec non spectantur, non audiuntur.

[31] Quid ergo hic dicam, num filios hominum ad meam contumeliam Sanctitatem Vestram incitare? Quod si ita sit, maledicti illi quidem sunt in conspectu Dei, id quod David de obtrektoribus suis atque invidis dixit. An potius illum accusem, qui primus maledictionem in mundum intulit, cuius certe hoc totum opus est? Si enim Sanctitas vestra, expostulanti mihi secum de hoc genere contumeliae in conclavi, ab ea, ut dicebatur, mihi illato, tum, ut se purgaret, respondit a serpentibus haec esse conficta, sic appellans eos qui per calumniam hoc in ipsam conferrent: multo quidem verius, quod illa nunc tam aperte contra me fecit, licet cum palam loquitur dissimulet ac verbis tegere ac velare studeat, a principe serpente, a magno illo | Leviathan, quem Isaias [27, 1] antiquum serpentem nominat, dicere possum Sanctitatem Vestram ut id faceret esse tentatam. Nec vero gravius hoc de illa dictum videri debet, cum Scriptura de ipso Christo dicat eum per omnia fuisse tentatum, Evangelista autem Matthaeus [4, 1ss.] quo modo a Satana in deserto tentatus fuerit, narret. Nec, si Christus Deus et homo omnes tentationes vicit, illud in Sanctitate Vestra contumeliosum existimari debet, si dicatur eam, corpus adhuc gerentem, subditum peccatis in aliquibus, et in hac praesertim causa esse victam. Si autem ulla in re, in nulla certe magis quam in hac, quam molitur contra nos filios fratres et servos suos, si nostram famam oppugnare pergat, si victam ostenderet.

[32] At hic Sanctitas Vestra dicet, me ipsi convicium facere, maledicta in ipsam iacere; quid enim gravius in quemquam dici posse, quam a Satanae spiritu eum duci ut hoc vel illud faciat? nec vero aliud esse | hoc, quod ego nunc ei obiiciam? Ego vero a maledicendo, praesertim Sanctitati Vestrae, tantum quidem abhorreo, ut multo libentius paterer omnia omnium maledicta in me congeri, quam vel verbum unum, quod maledicti vim habeat, in Sanctitatem Vestram dicere. Verum, quia non maledictum hoc iudico, sed potius piam admonitionem, ut Sanctitas Vestra ab eius insidiis liberetur, qui maledictionem in mundum introduxit, ideo hoc loquendi modo sum usus. Quod si hoc maledictum esset, quanto magis illud, si quis Satanam vocaret Christi vicarium; atqui Christus ipse, qui, ut ait Scriptura, cum malediceretur, non maledicebat, [3 Petr. 2, 23] hoc nomine appellavit ipsum Petrum, cui Sanctitas Vestra et honoris titulo et officio successit, cum ei suadenti ut sibi parceret ne morti se exponeret, quod ab amore humano erga Christum proficiscebatur, dixit increpans, [Matth. 16, 23] Vade post me Satana, quia non sapis quae Dei sunt | sed quae hominum. Quod si hoc maledictum dici non debet, illud certe multo minus dicendum est, si quis eum dicat a Satana tentatum esse et victum, quem arguat non sapere quae Dei sunt, sed quae hominum, hoc est, aliquid contra honorem Christi vel utilitatem proximi facere. Hoc enim reprehensio a maledicto differt, si quod maledicti speciem prae se ferat, id non simpliciter proferatur, sed causa adiungatur, quod fecit Christus: cum enim Satanam Petrum appellasset, statim addidit quia sapis quae sunt hominum.

[33] At hoc fortasse neget aliquis Christi exemplum excusare me: non enim quae Domino liceat in servum dicere, eadem mihi convenire Sanctitati Vestrae oblicere. Hoc quidem recte dicitur, atque illud etiam recte iudicio hominum dici existimabitur, non licere superiorem increpare, cuius tantum est obedire et imperata facere, non admonere | neque re- 414^r
prehendere. Verum si hanc regulam sequi omnes oporteat, illud efficitur, Summum Pontificem nulla in re posse ab aliquo reprehendi, cum omnibus praesit et omnes ei parere debeant; omnes quidem eius obedientiae subiecti sunt, at propter Christum et in Christo. Quodsi Summum Pontificem, quia summus est, ab inferioribus admoneri non licet, aut fateamur oportet eum peccare non posse et sic vere beatum esse in terris; aut si concedimus peccatis illum quidem obnoxium esse, quemadmodum sunt alii, et eo magis etiam quo altiore honoris gradum supra omnes in terris obtinet, excludimus autem omnem eius admonitionem quae adhibeatur ab inferiore antequam labatur, vel reprehensionem postquam sit lapsus, omnium certe miserrimum eius statum esse necessario fatendum erit. Miser enim quisquam fit cum peccat; multo vero est miserior | si peccans et cadens, non habet a quo erigatur: quod 415^r
accidit iis qui peccantes admonitione et reprehensione carent. Quo in statu credi non debet Christum reliquisse suum vicarium, cuius officium est caeteros ad beatitudinem ducere; sed dedisse qui ei non modo in consiliis adessent, verum etiam eundem, ob humanae naturae infirmitatem, aut vacillantem aut non recto pede officium suum exercentem, monerent atque increparent. Ac Petrum quidem dubium non est cum apostolis, quandiu secum fuere antequam in provincias quae singulis ad praedicandum evangelium attributae sunt, tanquam episcopi in dioeceses suas, proficiscerentur, omnia quae ad regendam ecclesiam pertinerent communicasse, eisque consiliariis perpetuo usum fuisse. Paulus etiam non veritus est ipsum Petrum in facie ecclesiae reprehendere, quia, inquit, [Gal. 2, 11] reprehensibilis erat. Cum igitur cardinales apud Summum Pontificem eundem locum teneant in uni-|versa ecclesia regenda, quem 415^v
apostoli apud Petrum tenebant, episcopi vero eorundem personam referant in gubernandis singuli ecclesiis, ei quidem parere debent utrique, ut fratres et servi, in Christo et propter Christum. Sin aliquid ab eo fieri videant contra Christi honorem, eum primo cum omni humilitate admonere debent et rem apertis verbis proponere; persistentem autem, liberius etiam increpare, neque illi inquam tali in causa assentiri, sed in faciem resistere: Ita enim instituto Dei et summa eius providentia erga suum Vicarium pastorem provisum est, ne desint qui eum ex infirmitate cadentem possint erigere. Quo in munere primas tenent Cardinales, utpote qui, non solum in partem sollicitudinis regendae universae ecclesiae vocati, ei perpetuo in consiliis assistant, sed etiam a Deo quasi custodes animae eius sint dati et speculatores contra omnes | insidias 416^r
Satanae, qui solet et frequentius et vehementius summum pastorem quam caeteros aggredi et tentare, quod ex eius casu plura et graviora offendicula nascuntur, quae ipse perpetuo studet, quasi zizania in tritico, seminare.

[34] Ex his igitur constat, non solum licere cardinalibus Summum Pontificem libere admonere, si quando eius actiones sapiant quae non sint Dei, sed quae hominum; verum etiam debere hoc facere et apertis verbis uti: quod nisi fecerint, eius rei gravis ratio ab eis Christo reddenda erit. Hoc tantum videndum est ei qui hoc officio sit functurus, ut ipse

416^r sapiat quae sunt Dei, non quae sunt hominum, neve insolentius id agat. Haec vero nunc idcirco commemoravi, ut me ipse admonerem, qui et cardinalis sum et episcopus, atque ostenderem, si videam Sanctitatem Vestram sapere quae sunt | hominum neque officio meo deesse velim, faciendum mihi omnino esse, ut ea forma admonendi Sanctitatem Vestram uterer qua sum usus.

416bis^r [35] Sed hic timendum est ne ipse sapiam quae sint hominum, non quae Dei, qui in causa, quae ad me pertinet, loquor, ut meam existimationem et honorem tuear, qui quidem hominibus solet vel ipsa vita esse charior: quamobrem non tantum aliis, sed mihi ipse suspectus esse debeo; et certe maxime essem, nisi rebus ipsis magis quam mihi crederem, iisdemque vellem alios credere, non mihi; quae si clare loquuntur, si clamant Sanctitatem Vestram in iis quae mihi et Cardinali Morono obiicit, a Satana esse tentatam et victam, rebus ipsis Sanctitas Vestra credit: ipse quidem ab omni suspitione maledicendi liberor. Sanctitas autem Vestra habet in quo Deo gratias agat, quod in tam periculosa tentatione invenerit qui eam admoneret. Hanc vero Satanae esse tenta- | tionem satis ostenditur, si hoc solum probetur; illam sapere quae sunt hominum, non quae sunt Dei; quo argumento usus est Christus cum Petrum Satanae nomine appellaret, quia, inquit, sapis quae sunt hominum, non quae sunt Dei. [Matth. 16, 23] Ego vero, si, quod res ipsa indicat, planis et apertis verbis dicendum est, non possum dicere eam hac in re sapere quae sunt hominum, ac multo minus quae sunt Dei. Petrus quidem sapiebat quae sunt hominum, cum Christi humanitatem amans, de morte eius audire abhorreret, ac propterea ut sibi parceret, suasit. Sanctitas autem Vestra nos, quos, ut amaret, communis humanitatis ratione adduci debuit, ita odiose in ipso principio persequitur, quasi nulla prorsus humanitatis coniunctio ei nobiscum intercederet; et ideo, illam sapere quae sunt amoris humani (id quod Petro accidit) dicere non possum. Ac multo quidem minus, quae sunt Dei, quippe quae contra naturam humanitatis nos persequitur; quid enim ab hac alienius facere potuit quam ut a quibus nunquam est laesa (ut nihil | dicam de multis et gravibus causis quare nos charissimos haberet), utriusque, id quod charius vita esse debet, existimationem et famam adimere omnino conetur? Nam certe, quod ad me attinet, hoc communis humanitas postulabat, ut cum Sanctitatis Vestrae famam, antequam cardinalis fieret, in gravissimo illo impietatis crimine tam vehementer defendissem apud Summum Pontificem atque integram conservassem, meam ipsa famam iam Pontifex nullo modo laederet: ex quo quidem fit, ut non possim hac in re dicere eam sapere quae sunt hominum, ac multo minus quae sunt Dei.

417^r [36] Verum Sanctitas Vestra hic dicet, sicut iam dixisse publice audio cum Moronum in custodiam tradi iussisset et idem privatim in mea causa repetere (nihil enim mihi publice obiicit), nisi Dei in primis honor et periculum ecclesiae eam impulsisset, nunquam ad hoc descensuram fuisse, ut in custodiam eum traderet a quo nunquam est laesa; quod | si etiam laesa esset, tamen in iis quae ad ipsam pertinerent, omnem iniuriam facile condonaturam fuisse; sed ubi intelligit periculum imminere ecclesiae et quidem maximum, si quis haeresis crimine suspectus sibi forte succederet, huic velle in tempore occurrere atque prospicere. Ubi autem de Christi honore agitur, hic nullam vim habere omnia hu-

manae necessitudinis vincula, etiam si fratres germani, si filii eius essemus, a quo periculum Ecclesiae immineret. Quibus si quis in eiusmodi causis ullo modo moveatur, hoc quidem esse Satanae spiritu duci, hoc esse sapere quae sunt hominum, id quod Christus in Petro reprehendit: Christi enim spiritum haec omnia vincula rumpere et abiicere. In hanc quidem sententiam audio Sanctitatem Vestram loqui, quod supra etiam commemoravi. Quae si vera sint, facile quidem convincant me inique cum illa agere, qui quod Dei est Satanae spiritui tribuam. Ad hoc vero, quid ego? | An iudicem cogitationum Sanctitatis Vestrae me constituam, ut quae illa se cogitasse ait, haec ego negem illam cogitasse? Absit quidem hoc a me. Verum hoc a Sanctitate Vestra suppliciter postulo per ipsius salutem, per honorem quem habet ab ista cathedra in qua sedet: ut diligenter secum rem perpendat, et hoc cogitet, cum omnibus illudere studeat Satan, tum vero nulli magis illudere conari quam ei, qui reliquorum omnium sit iudex constitutus; probet an ex Deo sit hic spiritus, eaque examinet quae mihi persuadent illum ex Deo non esse.

417v

Quod sane dicere non auderem, nisi magnis et gravibus causis adductus essem, nisi ipse viderem et quasi manu atrectarem istarum actionum fructum, qui nihil minus prae se fert quam Christi spiritum; nec enim Christi spiritus, Christi opus destruit ac dissolvit; hoc vero Christi opus est, quod collegium illud, quod astat Sanctitati Vestrae, quod sacrum appellatur, Cardinalium | collegium, tot saeculis quibus ista Sedes tanquam navis in mari est iactata, semper ab omni haeresis vento illaesum et inviolatum permanserit; qui enim oravit ut Petro fides non deficeret, idem oravit ut illorum fides, qui Petro eiusque successoribus in consiliis proximi assisterent, non deficeret. Christus pro Petro oravit [*Luc. 22, 32*] et impetravit; idem etiam impetrasse pro ipso collegio, tot saeculorum curricula, quibus illud ab omni haeresis labe purum atque sincerum semper mansit, ostendunt, quod nulli rei nisi potentiae spiritus Christi et virtuti orationis eius tribui potest.

418r

[37] Quare per honorem huius collegii, quem Christi oratio illi contulit, obsecro Sanctitatem Vestram ut diligenter consideret qualis sit hic spiritus qui ipsum collegium, quod tot saeculis per gratiam Christi inviolatum permansit, in quo nemo usque ad hanc diem est inventus qui ullam opinionem haereticam sequeretur et pertinaciter defenderet, quod haeretici proprium est, tam insigni nunc infamia afficere conatur, iis in suspicionem vocatis | qui, non modo nullam pertinaciam in defendenda ulla haeresi ostenderunt, sed ab ea semper maxime abhorruerunt, gravissima autem fidei suae testimonia dederunt in tot legationibus et periculis pro Ecclesia susceptis, quot nulli eiusdem ordinis, qui hodie vivunt, subiere. Hoc opto primum et rogo ut Sanctitas Vestra perpendat et consideret.

418v

[38] Deinde, cum ego in hoc regno cum Sanctitate Vestra et ista Sancta Sede reconciliando minister fuerim, atque ita me gesserim ut Sanctitas Vestra cum meam operam probaret et omnia quae fecissem rata haberet, tum etiam pro ipso rei exitu divinae bonitati gratias ageret, ostendens eo se valde laetari, sicut omnes pii laetati sunt cum magnam Christi et Ecclesiae victoriam in eo quod per Dei gratiam factum est, iudicarent: obsecro Sanctitatem Vestram ut secum consideret, num a Christo si hic spiritus qui, quo ego vinculo ad pertrahendos hos populos ad obedientiam Ecclesiae et Sanctitatis Vestrae et in eadem retinendos

419^r firmissime sum usus atque utor, id nunc dissolvere, e manibus | eripere et rumpere conatur; qui praeclaram illius facti laetitiam in luctum convertit, materiam autem gaudii haereticis et schismaticis maximam praebet. Utrumque enim certe facit quicumque meam fidem in suspensionem vocat, qui hos populos nulla re magis et a principio traxi in obedientiam et in eadem nunc retineo, quam meae perpetuae in fide catholica constantiae opinione. Haec vero si tollatur, quae maior gloriandi causa haereticis dari poterit, qui iam etiam de eo quod Sanctitas Vestra legationem mihi abrogaverit, triumphare coeperunt? Quanto vero offendiculo hoc erit universo gregi qui meo ministerio ad obedientiam Sanctitatis Vestrae et istius Sanctae Sedis est perductus, cum viderit testimonio Sanctitatis Vestrae meae fidei constantiam in dubium vocari, qua, ut dixi, in eis ad fidem catholicam pertrahendis et in eadem retinendis, maxime usus sum atque utor? An gravius ullum et periculosius offendiculum hoc tempore, populo recens ad obedientiam Ecclesiae converso, 419^v afferri poterit | qui nulla re magis adductus est ut doctrinae illorum qui schismatis in hoc regno et haeresis auctores fuere minus crederet, quam eorum incostantia, et quod suas opiniones saepe mutarunt? Nunc enim, si similem inconstantiam in me ex testimonio Sanctitatis Vestrae, cuius legatus eos ad obedientiam Ecclesiae revocavi, audierint fuisse; tunc quidem vinculum firmissimum quo gregem in officio continebam, mihi e manibus tollitur. Quo sublato, quid aliud sequitur, nisi maior dissipatio gregis? Cui enim iam credant, si non possunt legato Sanctitatis Vestrae credere, ei qui illos ante tanquam gregem dissipatum atque errantem ad obedientiam pastoris Christi Vicarii collegit atque perduxit, si non possunt Cardinali, si non possunt ei credere qui multa passus, nihil unquam sustinuit nisi propter constantem obedientiam erga Ecclesiam; si denique non possunt credere suo pastori et illi Archiepiscopo, qui, referente Sanctitate Vestra in isto sacro collegio | pastor illis datus est? Si huius nunc fides in suspensionem vocatur, tanquam minime recta, cui tandem pastori credent, ad quem ibunt?

[39] Quid hinc sequitur nisi dissipatio gregis? An vero ex Deo est ille spiritus qui hoc suadet, qui meam fidem suspectam gregi reddere conatur? Quid vero ego, qui tam grave offendiculum gregis meae fidei et curae commendati video, an tacebo? An non vociferabor pro salute gregis, quem Deus mihi praecipue pascendum commisit, postquam gratiam dedit ut eundem dissipatum colligerem? An cum maior dissipatio nunc merito timeatur, ego non resistam, pro grege non pugnabo? Quid hic faceret Paulus Apostolus, qui in minore causa ipsi Petro, primo Christi vicario, quia gregis offendiculum timeret, in faciem resistere non dubitavit? An ego, qui licet indignus, Apostoli hic et pastoris locum teneo, pro gregis salute successori Petri resistere non debeo? Praesertim cum non minus mihi conscius sim, me recte sentire de fide quam Paulus, non minus | conscius sim me per ostium intrasse ad curam gregis quam Paulus: an igitur dubitem resistere ei, quicumque sit, qui causam dissipandi gregem affert?

[40] Hoc quidem licere mihi non dubito, et tamen non ita nunc in faciem resisto; sed hoc supplex peto, ut Sanctitas Vestra probet an ex Deo sit hic spiritus, qui materiam illi et ansam praebet simul cum pastoris fama gregem in tantum periculum adducendi, idque hoc nomine, ut magis consulat honori Christi in posterum et salutem Ecclesiae, dum

purgatur collegium a suspectis cardinalibus, ne quis eiusmodi sibi possit succedere; quod dum conatur, magis quidem ipsum collegium hac infamia maculat quam ullus unquam hostis istius Sanctae Sedis maculare studuerit. Ille vero spiritus, qui hoc Sanctitati Vestrae suadet, si ex Deo esset, idem ei suaderet, ne quid ipsa Pontificatus sui tempore ageret, quod gloriam Christi vel contaminaret vel obscuraret; num vero ita factum sit, Sanctitas Vestra consideret in hac victoria Ecclesiae et Sedis Apostolicae | contra schismaticos et haereticos parta, in qua omnes pii ita Dei manum agnoscunt, ut nihil ad gloriam Christi illustrius multis iam saeculis in universa Ecclesia visum esse iudicent. Ita vero sentiunt, cum, et quo modo ipsa victoria parta sit, et per quos initium habuerit et finem, considerant; vincendi autem modum illustriorem facit eorum praeparatio qui omnes aditus ad obedientiam Ecclesiae intercludere conati sunt. Et re vera, quaecumque malitia humana, quam illi prudentiam iudicabant, quaecumque ii qui sapiunt quae sunt hominum, non quae Dei, excogitare potuerint, haec omnia erant parata, ut potentia quidem cum malitia esset coniuncta. Unum vero excogitatum fuit, quod nullo in regno, quod se ab obedientia Ecclesiae unquam subtraxerit, est factum: ut praesidium legum ad tuendam suam malitiam et inobedientiam haberent, cum hoc sanxissent, ut in crimen laesae maiestatis incurreret | quicumque de obedientia Ecclesiae reducenda ageret aut loqueretur. Hoc quidem in nullo regno, cum multa ab Ecclesia defecerint, unquam est factum. Quo, sane, difficilius fuit eam huc reducere, quam vel in illa regna, quae Turcae, maximi hostis fidei nostrae, imperio et ditioni parent, in quibus nulla est huiusmodi lex, nec ullum impedimentum publicum. In hoc igitur regno praesidium legum tanquam murus validissimus omnibus obiciebatur, qui reditum ad obedientiam Ecclesiae procuraturi essent. Intra vero huius muri septum, debebant auctores et fautores impiae huius rebellionis adversus Ecclesiam, eiusque bonis fruebantur.

421r

421v

[41] Hi, dies et noctes, in hoc muro excubabant, ne quis cum vexillo Ecclesiae ascendere posset; ita porro omnes aditus clausurant, ut Ecclesiae obedientiam rursus introducere, non humanae operis iudicaretur, sed solius Christi omnipotentiae, sicut re vera Christus ipse ab omnibus intelligi et perspicui voluit. Quod maxime ostendit in ea praeparatione, quam contra | hos schismatis et haeresis auctores adhibuit, cum simplicitatem columbae contra hos serpentes erexit [Matth. 10,16], quae eorum malitiam confunderet; cum mulierem, caeteris rebus imbecillem, sed fide fortem, sine armis, sine pecunia, omni denique praesidio nudatam, contra viros armatos qui omnes regni opes tenebant, excitavit. Haec vero vix se ostendit, vix nominata est, cum repente arma e manibus adversariorum exciderunt, omnesque ei sese dederunt. Hoc quidem fuit principium victoriae Ecclesiae per Christum partae. Principium autem appello, quia nondum murus ille impiarum legum erat deiectus; quo stante, nulla esse potuit Ecclesiae victoria. Ad quem deliciendum, Deus huic mulieri, quae tanquam mater huius obedientiae, quae post est consecuta, iure optimo dici potest, duos quasi ad illam pariendam adiutores dedit: unum qui ei matrimonio coniungeretur, qui, cum titulum catholici a maioribus suis, illum quidem sibi relictum, sed proprium a sua ipsius pietate haberet, illa vero titulum defensoris fidei, merito videbatur hoc divino consilio esse factum, ut illi inter | se indissolubili vinculo matrimonii coniungerentur, quorum tituli, ut vere sint honoris tituli, coniuncti semper esse debent.

422r

422v

Hunc ergo unum adiutorem cum Deus illi dedisset, alterum etiam dedit, qui tanquam vir animae eius esset et adiutor ad partum obedientiae edendum, ipsum Sanctitatis vestrae Legatum, qui nulla re magis notus Ecclesiae fuit quam constantia fidei et iis calamitatibus quas pro ipsa Ecclesia est passus.

Utrumque autem adiutorem huic mulieri, non solum ob hanc causam dico a Christo esse datum, quia Christi opus in conservanda utriusque fidei sinceritate agnosco; sed quia qui contra Christum et Ecclesiam pugnant, nihil magis conati sunt, quam ut aditu utrumque nostrum prohiberent. Quo magis potentia Christi declarata est, cum fractis eorum consiliis et conatibus, ambos introduxit, ut essemus auxilio mulieri parturienti iustitiam et Ecclesiae obedientiam, quam illa tandem, deiecto impiarum legum muro, peperit cum summo omnium bonorum gaudio.

423v [42] Haec igitur cum ita se habeant, consideret quaeso Sanctitas Vestra qualis sit iste spiritus, qui hanc | matrem obedientiae, sic enim ipsa Regina merito appellari potest, quam Deus matrem filiorum laetantem [Ps. 12, 9] in conspectu universae Ecclesiae constituit, laetam filiis quos Ecclesiae peperit, laetam iis adiutoribus tam nobilis partus quos et Christus dedit, in tantam nunc tristitiam et consternationem animi coniiciat, quod ambos adiutores suos quasi fulgure percussos et in terram prostratos, filios autem quos Ecclesiae peperit, eiusmodi soni terrore quasi gregem consternatum ac dissipatum videat. Tale enim spectaculum praebet Sanctitas Vestra huic sanctae mulieri cum Regem eius virum fulmine vocis suae schismaticum, me haereticum vocat. Nonne haec sola vox laetitiam omnem prioris victoriae et gloriam Domini simul obruit, et gaudium Ecclesiae ab ipsa ad eius hostes transfert, qui nihil laetius hac voce Sanctitatis Vestrae audire possunt. Quid ergo: an hic spiritus a Deo esse dici potest, an gloriam Christi in posterum quaerere, qui presentem, quantum in se est, prorsus tollit? Quid vero, cum nulla maior gloria Sanctitatis Vestrae | sit quam modum gubernandi a Christo praescriptum sequi. An ille spiritus a Deo esse dici potest, qui modum gubernandi quo reges gentium utuntur, a Christo prohibitum [Matth. 20, 25], sequi suadet? Quid enim, qui spiritus Sanctitati Vestrae persuasit ut Cardinalem Moronum in dicta causa in custodiam traderet, quia suspectus de haeresi erat, qui eidem persuasit ut mihi legationem, nulla re palam obiecta, abrogaret, quo meam fidem item suspectam sibi esse ostenderet. Nonne idem persuasit ut, relicta regendi forma quam Christus praescripsit, eam sequeretur quae regum gentium propria est? Nunquid enim gravius in servos sub corona emptos reges gentium agere poterunt? Sic egit magister ille equitum Pharaonis cum Iosepho quem emerat, cum eum propter solam adulterii suspicionem indicta causa in carcerem coniecit [Gen. 39, 11 ss.]. Nec aliter Sanctitas Vestra mecum agit quam eiusdem magistri equitum uxor cum ipso Iosepho egit: ut enim illa vestem ei detractam ad faciendam fidem adulterii, de quo illum | falso criminabat, ita Sanctitas Vestra legationem quasi vestem mihi detractam, omnibus ostendat tanquam notam suspicionis haeresis. An ille spiritus, qui haec suadet, a Deo esse dici potest?

424v [43] Haec quidem, ut non sine summo dolore commemoro, ita profecto nunquam dicerem, nisi me officium meum erga Sanctitatem Vestram atque Ecclesiam et pietas erga Christum compelleret, non solum ob ipsam

causam quae ita me attingit, sed quod ab adolescentia exercitatus in his praeliis Domini contra Satanam, eius insidias maxime cognitatas habere debeo. Nostrum verum omnium qui in procuratione universae Ecclesiae Sanctitati Vestrae in supremo consilio assistimus officium ac munus postulat, ut pericula quae a Satana ei iminent, nos in primis exploremus, de hisque ipsam admoneamus, in quo Sanctitas Vestra iustam causam habet nos omnes accusandi, quod adhuc, cum plura imminerent quam | ulli Pontifici abhinc multis seculis, nondum, quod sciam, est inventus 424v
 qui eam admoneret de his quae ipsa per se, quasi somno oppressa, videre non posset. Quod si quis esset, qui eam ab eiusmodi somno excitaret, quo, ut Noe Patriarcha vino [Gen. 9, 20 ss] ita Sanctitas Vestra magnitudine potestatis suae oppressa iacet, tum quidem videret verenda sua nudata nec quenquam fuisse qui eam operiret, quo maiorem offensionis causam habet adversus omnes filios suos, a qua nec me ipsum libero; etsi enim nunc solus ipse Sem et Iaphet officio fungor, qui certe nihil in omnibus quae scripsi specto, nisi ut ei revelans quae somno oppressa indecore facit, caeteris operiam. Tamen ideo me dignum reprehensione iudico et apud Deum et apud Sanctitatem Vestram, quod, ut ingenue fatear, nisi haec causa ad meum dedecus spectaret, nunquam manum admovissem. Satis enim me officio functum putabam in iis | quae vide- 425v
 bam dedecora, si non assensissem, si hoc cavissem ne, accedente meo consilio, quicquam huiusmodi fieret. Quod nunc Deus mihi ostendit non esse satis, nec eo me excusari apud ipsum, etsi fortassis apud homines excusari possem, praesertim prudentiores, qui spem nullam haberent me eiusmodi scriptis apud Sanctitatem Vestram quicquam proficere posse. Hi autem non modo me excusarent, si ommitterem haec dedecora ei revelare, sed si aliter facerem, me stultitiae et imprudentiae condemnarent: extremae enim dementiae videtur frustra niti et nihil praeter odium quaerere.

[44] Hanc vero dementiam, etsi scirem apud Deum sapientiam esse, tamen non sum ausus eam sequi, ut Sanctitatem Vestram de eiusmodi rebus admonerem, donec Deus permisit, ut illa me suae turpitudinis maculis aspergeret, quae res tandem me excitavit, ut hoc scripto conarer ab utroque, si possem, hanc turpitudinem abstergere. Id vero fiet, si Sanctitas Vestra hoc | solum sibi persuaderi patiatur, ut, quemadmodum 425v
 nunc plene usus sum ea libertate et potestate quae simul cum cardinalatu mihi est data, cuius proprium est non solum non assentire, si quid Summus Pontifex ex infirmitate humana contra honorem Christi vel utilitatem Ecclesiae proponat, sed etiam si quid eiusmodi aggrediatur, ipsum liberius de periculis admonere et cadentem erigere: ita Sanctitas Vestra erga me et Cardinalem Moronum plenitudine suae potestatis utatur. Ute- tur autem si, cum nos ad portas inferorum diecerit, eiusmodi crimine obiecto quod, si verum esset, etiam ad ipsos inferos nos plane deduceret, quamvis autem falsum sit, tamen in conspectu hominum magis certe deprimere non potest; si, inquam, nos verbo suo sic delectos reducat, plenitudine potestatis suae utetur. Atque ita quidem ostendet se Deum imitari, qui, si quando quos charissimos habet ad inferos deducat, eosdem semper reducit. Quod si | Sanctitas Vestra quo nos deduxit, ibi re- 426v
 linquat: haec quidem est diminuta potestas, nec ea est quam a Christo habet.

[45] Nos quidem non dubitamus hoc testari coram Deo et hominibus: nihil unquam a nobis commissum esse, quod Sanctitatem Vestram, ut Vicarium Christi, iure posset offendere, ac ne ut hominem quidem. Id vero est quod solum nunc timemus, quia illam nunquam offendimus, sed plus caeteris laboravimus, ut nos charos merito haberet, ne ipsa cum gratis nos persequatur, manus sibi colligaverit, ne iterum nos reducere possit. Verum quod illa nondum fecit, nos pro ea charitate quam Christo et Sanctitati Vestrae debemus, ipsum Christum precamur, ut det ei gratiam ut in hac causa plena sua potestate erga nos utatur, hoc est, ut non solum destruat, evellat et dissipet, sed ut aedificet et plantet [*Jer.* 1, 10]. Qua quidem potestatis suae plenitudine si Pontifices aliquando non utuntur vel non tam saepe quam et illis et Ecclesiae expediret, hoc multoties acci- | dit, non tam culpa ipsorum Pontificum, quam populi, ad cuius peccata ulciscenda, hoc Deus permittit.